

# **CLARET**

**Un apóstol grande y genial**

Pedro García  
*Misionero claretiano*

Autor: PEDRO GARCÍA Cmf.  
Con las debidas licencias  
5ª. edición española.  
2007-2008. Bicentenario del Nacimiento  
de San Antonio María Claret  
SAN SALVADOR, El Salvador C. A.

*Portada.* Mosaico del Santo en el crucero derecho de la Basílica Vaticana, al lado del altar principal de los Santos Proceso y Martiniano, y cerca de donde estaba el púlpito desde el que Claret pronunció aquellas sus palabras ardientes en defensa de la Infallibilidad pontificia.

*Foto* de Karl-Heinz Geyer Cmf.

## PRESENTACION

¿Quieres saber, amigo lector, dónde está la raíz primera de este librito? Muy sencillo: en tres afirmaciones que oí hace ya muchos años.

Un gran teólogo, ampliamente conocido como es el Padre Royo Marín, me decía con tono muy ponderativo: *-¡Tenéis un Fundador grandioso!* Así, al pie de la letra, ese ilustre dominico.

Casi a la vez que él, me soltaba algo irónico otro sacerdote de gran autoridad: *-¿El Padre Claret? Un mito.* También así, tal como suena. Y con ello me quiso decir que no había para tanto con lo que se cuenta de él.

Una tercera afirmación la escuché, iba a decir que con pena, en una conferencia dirigida por una destacada personalidad: *-San Antonio María Claret es el gran desconocido.*

Me tocó ser testigo de estas tres afirmaciones, las dos primeras dirigidas personalmente a mí. Y las tres me han dado mucho que pensar. No me cuesta nada admitir que Claret fue una figura verdaderamente grande, en la santidad como en el apostolado. Entonces, no se puede admitir fácilmente eso de que Claret sea un mito, algo irreal, sólo un ser de fábula. Y es de lamentar que un hombre tan singular en la Iglesia del siglo diecinueve siga desconocido del gran público.

Pensando mucho en todo eso fue cuando decidí escribir una vida auténticamente popular, un libro de bolsillo, pero que en pocas páginas dijera mucho. ¿Resultaba un imposible resumir los dos densos volúmenes, con sus dos mil apretadas páginas, de la Vida documentada? Había que intentar hacer algo. Y aquí está ese librito. Pretende únicamente que se conozca a San Antonio María Claret; que su figura excelsa no permanezca en la penumbra; que se compruebe que no es un mito; sino, en verdad, eso: *Un santo grandioso...*

*Pedro García Cmf*

## CONTENIDO

Tres Médicos cavilando	6
El secreto	7
Jalones	7
Un angelito	8
Fabricante. Éxitos y desengaños	8
Seminarista	10
Cura y Jesuita	11
Principios fulgurantes	12
Cataluña entera	13
El enemigo al acecho	14
Milagros	15
Profecías	16
¡Guerra a la blasfemia!	17
¿Cansarse?	17
El motor	18
Predicación, como la de Jesús	20
La Virgen	21
La Librería Religiosa	22
Las Islas Canarias	23
C. M. F.	25
En búsqueda incesante	25
El papelujo	27
Intermedio	27
Cuba	28
Las visitas pastorales	29
Calamidades misioneras	30
La obra social	31
Las Misioneras Claretianas	32
El equipo	32
Los Herodes y las Herodías	33
Mártir	34
Confesor real	35
A la conquista de Madrid	36
El siervo humilde	36
Evangelizando a los pobres	37
Por toda España	38
Los Ejercicios Espirituales	38
El Escorial	39
El Catecismo	39
Los Seminaristas	40
Los Sacerdotes	41
Los Religiosos	42
Las Religiosas	43

Con sus Misioneros	43
La constelación claretiana	44
Acción Católica	45
Propagandista	46
Los Seglares	48
Un Obispo y un Papa	49
El corazón de España	50
El Reino de Italia	50
El gran perseguido	51
Casos y más casos	52
¿Su política?... El Evangelio	52
Lady Herbert	53
Custodia viviente	54
En el Vaticano I	55
El sol que se esconde	56
La Familia Claretiana	56
Muerte y destellos	57
Pío XII, panegirista	58

## Tres Médicos cavilando

Mayo 7, de 1950. El Papa Pío XII canoniza al Padre Claret:

### SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Y tres afamados Médicos de Barcelona, orgullosos del apóstol catalán, quieren armonizar la actividad asombrosa del nuevo Santo, en los treinta años de su apostolado, con las enfermedades que de sí mismo cuenta. Analizan los datos de aquellas hemoptisis, y, sobre todo, la misteriosa enfermedad en la pierna que le obligó a salir del noviciado de la Compañía de Jesús en Roma.

-¿Qué le parece? —inquire el Doctor Manresa—. ¿Cuál sería su diagnóstico?

Y el Doctor Oliveró Serra:

-Para mí, tuberculosis ósea. Su proceso tuberculoso pulmonar, iniciado en la adolescencia, fue benigno. A partir de los treinta años, el cuadro predominante es el de la tuberculosis extrapulmonar, caracterizado por su benignidad.

Están acordes los tres.

-Ahora bien. Por benigna que fuese esa tuberculosis, ¿cómo es posible, con una salud así de precaria, desarrollar durante treinta años unas actividades que hubieran absorbido a diez hombres con trabajo normal, o exigido la vida del Santo multiplicada por diez?...

Y piensan:

Caminatas larguísimas a pie en Cataluña, Canarias y Cuba...

Predicación continua, con cinco, seis, siete y hasta más sermones diarios en muchas ocasiones...

Horas interminables de confesonario...

La fundación y dirección de la Librería Religiosa...

Decenas de libros, folletos, estampas y hojas volantes escritos por él...

Su Congregación de Misioneros, igual que la asistencia a tantos Institutos Religiosos...

Sus seis años inconcebibles de Cuba...

La Academia de San Miguel y la restauración de El Escorial, al mismo tiempo que sus obligaciones de palacio y las excursiones regias...

La preparación del Concilio Vaticano I y sus actividades en el mismo...

Y todo, con bastantes horas de oración al día en medio de una vida austerísima y penitente.

-Esto es inexplicable. Muchas de estas obras exigen de por sí la vida normal de un hombre.

Y, para darse respuesta, los tres Doctores, hombres de gran fe, no tienen más remedio que acudir al milagro o poco menos:

-Dios intervino devolviéndole una salud perdida, ya que no basta decir que Claret tenía una voluntad enorme.

Sigamos la vida de este hombre, que los Doctores no entendían.

SER APÓSTOL, siempre, en todas partes y por todos los medios posibles, buscando lo más urgente, oportuno y eficaz, constituye una nota constante y la quintaesencia de la personalidad de Claret. Podremos así comprobar, con un eminente psicólogo, que la vida de Claret es *“una actividad asombrosa totalmente sobrenaturalizada”*.

## El secreto

La vida de Claret es ciertamente algo asombroso. Pero su secreto nos lo revela aquella su profunda respuesta: “Enamórense ustedes de Jesucristo y de las almas, y lo comprenderán todo y harán más que yo”.

O el lema de su escudo episcopal: “El amor de Cristo me apremia”.

O aquel su grito: “¡Tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo!”

O la amplitud de su mirada, cuando prescribió a la Congregación: “Para la salvación de las almas, válganse de *todos* los medios posibles”.

O el anhelo e ideal que esculpió en su famosa definición del misionero, un párrafo *autobiográfico* en el cual se retrató Claret de cuerpo entero. Decía de sí mismo lo que soñaba que fuera cada uno de sus hijos:

“Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abraza por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino en cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas”.

## Jalones

**1807.** Nace en Sallent – Barcelona – Cataluña – España.

**1820.** Obrero y tejedor, conoce el mundo del trabajo.

**1829.** Deja la fabricación e ingresa en el Seminario.

**1835.** Ordenado de sacerdote, se entrega al ministerio sagrado. Párroco. Voluntario para las Misiones extranjeras. Novicio Jesuita.

**1840.** Comienza su vida de misionero por toda Cataluña e Islas Canarias.

**1949.** Funda la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María. Hoy sus hijos, por el nombre del Fundador, son conocidos como *Misioneros Claretianos*.

**1850.** Consagrado Arzobispo de Santiago de Cuba, durante seis años será el apóstol de la Perla de las Antillas.

**1857.** Llamado a Madrid para Confesor de la Reina Isabel II, se convertirá en el apóstol de toda España.

**1968.** Desterrado por la revolución, ejerce sus últimos ministerios en París y Roma. Padre del Concilio Vaticano I, años 1869 y 1870.

**1870.** Perseguido y en el destierro, el 24 de Octubre muere en Fontfroide, al sur de Francia.

\* Beatificado por el Papa Pío XI en 1934, es canonizado en 1950 por Pío XII.

### **Un angelito**

Nos dice él mismo: “Cuando tenía como unos cinco años, estando en cama, pensaba en la eternidad. Pensaba: ¡siempre, siempre, siempre!... Los que tengan la desgracia de ir a la eternidad del infierno, ¿jamás acabarán de penar, siempre tendrán que sufrir?... Sí, siempre, siempre tendrán que padecer”.

Era esto un don clarísimo del Espíritu Santo, pues ese pensar es muy superior a la edad de un niño tan pequeño.

Y añade: “Esta idea de la eternidad de penas es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva, por la conversión de los pecadores”.

Y, con sus ideas, su conducta. Los demás muchachitos saben que en presencia de Claret han de respetar las leyes de Dios o, si quieren pecar, alejarse..., de modo que le dicen a aquel apóstol en ciernes:

-Antonio, apártate de nosotros, que queremos hablar mal.

Y continúa: -Yo le di las gracias por el aviso y me fui, sin que jamás me volviese a juntar con ellos.

En el Catecismo era el primero de la Parroquia, y ante el Santísimo Sacramento y la Virgen vivía una piedad impropia de sus años.

Su primer biógrafo asegurará que “fue apóstol antes que hombre”. Dios lo había elegido, y los primeros indicios de su vida, apenas se despierta al uso de razón, son los de un apóstol intachable, ardiente y sin tregua.

### **Fabricante. Éxitos y desengaños**

Desde pequeño sueña Antonio en el Altar y se prepara con el estudio del latín bajo la dirección de un ejemplar sacerdote. Pero muere el preceptor, se cierra la clase, y el padre lo coloca en la fábrica de tejidos que funciona dentro de la propia casa.

Como demuestra una capacidad extraordinaria de liderazgo entre los obreros a pesar de sus jovencitos años, su padre le confía dar la última mano al trabajo que realizan los demás.

Entonces se aficiona apasionadamente a su oficio, y destaca de tal manera desde muchacho en la dirección de los telares que se olvida de su primera ilusión sacerdotal.

Tal como va creciendo, durante su juventud no tiene Antonio más sueños que las máquinas, y para abrirse mayores campos se traslada a Barcelona, la gran ciudad industrial, donde podrá desarrollar sus cualidades innatas de dirigente de empresas.

No se equivocaba el joven soñador al escoger Barcelona como campo de su acción. Nada más había nacido Claret en 1807, las estadísticas daban unos números



sorprendentes. Por entonces había en Cataluña más de 2.000 fábricas de algodón, que ocupaban a más de 100.000 familias, con una paga semanal de 6.000.000 de reales; se estampaban 400.000 piezas, exportadas a tierras americanas por unas doscientas embarcaciones tripuladas por 6.000 marineros... Esto, en 1808. Habrá que subir mucho los números veinte años más tarde, mientras Claret trabajaba en Barcelona.

Ya en Barcelona el joven Antonio, pronto su competencia profesional empezó a darle fama y dinero, porque demostró ser un genio de la fabricación, como lo reconoce él mismo: “No tenía más que analizar una muestra cualquiera, que al instante trazaba yo el telar con todo su aparato”.

Los telares le obsesionan: “Hasta en la iglesia me venían nuevas ideas y nuevos descubrimientos, de manera que durante la Misa tenía más máquinas en la cabeza que santos había en el altar”.

Entre tanto, ¿en qué se va convirtiendo aquel niño y adolescente tan piadoso de Sallent?... Antonio es buen muchacho. Sinceramente piadoso. Aunque se ha enfriado un tantico.

Triunfaba Claret en sus valores humanos, los cuales se le estaban convirtiendo en absolutos. La fabricación era su pasión dominante, su delirio, el dios que le proporcionaba dinero, honor y poder en la nueva sociedad industrial que nacía; pero ese nuevo y falso dios desplazaba en él al Dios único y verdadero, igual que en muchos otros hijos de aquella Cataluña tan valiosa y siempre tan cristiana...

Metido Antonio en un mundo tan halagador, y mientras es solicitado como dirigente por las mejores empresas, Dios está al tanto de este su elegido que se quiere desviar, y suavemente, con mano blanda, le propina unos golpes severos. El primero, cuando estuvo a punto de perder la vida.

“Un día, tras la Barceloneta, hallándome en la orilla del mar, se alborotó de repente, y una grande ola se me llevó, y después de aquella, otra. No sabía nadar, y me vi de improviso muy mar adentro, y después de haber invocado a María Santísima, me hallé en la orilla del mar, sin haber entrado en mi boca ni una gota de agua. Cuando me hallé en la orilla, me horripilaba al pensar el peligro de que me había escapado por medio de María Santísima”.

Otros golpes fueron de carácter moral, más graves y dolorosos, y que los cuenta él mismo en su autobiografía.

La joven esposa de un buen amigo le tiende un lazo a su virtud. Antonio se sobrepone a la pasión y huye con resolución y energía, sin que vuelva a pisar más aquella casa.

Un compañero le propone formar sociedad de intereses, y Antonio acepta. El negocio va viento en popa, y en la lotería les cae premiado su número con la fabulosa suma en aquel entonces de 24.000 duros. El socio desleal lo pierde todo en el juego y... en lo que sea. Se roba, además, todos los recibos de la compañía, y despoja de sus joyas a una señora conoci-

da. Convicto y confeso, es condenado a varios años de prisión. A Antonio, inocente del todo, se le cae la cara de vergüenza pensando que todo el mundo le señala con el dedo...

Durante una visita a Sallent, su ciudad natal, aquel amigo organiza un divertido baile al cual es invitado Antonio, que, afortunadamente, no se encuentra allí cuando un derrumbe sonado de la casa deja un saldo de veintiocho muertos entre danzantes y espectadores...

Con estos reveses, Antonio comienza a conocer la realidad del mundo y la seriedad de la vida. Valora la fragilidad de la existencia humana, la traición del amor, lo inestable de la amistad, el peligro constante del pecado y la problemática de la salvación eterna.

Un día entra en la iglesia, y le vienen sin más a la mente las palabras de Cristo en el Evangelio: “¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo?”...

Muy sencillo todo, pero esta reflexión, junto con aquellos desengaños, paró en seco y para siempre el trepidar de las máquinas y el devanar de los telares...

### **Seminarista**

La conversión es total, y le cambia radicalmente su escala de valores. Se lo disputan las mejores firmas de Barcelona, pero el joven Claret ya no está más que para Dios. El padre sueña en la fortuna que su hijo está a punto de volcar sobre la familia. Sin embargo, esta vez Antonio se muestra inflexible:

-Papá, sabes que nunca te he desobedecido. Pero Dios me llama para otra cosa, y yo he de seguir su voz.

A los veintidós años deja un brillante porvenir y, tras un fallido intento de entrar en la Cartuja de Montealegre, ingresa en el Seminario de Vic. Sus estudios, siempre con calificaciones magníficas. Y su ejemplaridad es notoria en aquel famoso Seminario, cuajado de lumbreras. Su santo Obispo, el Dr. Corcuera, adelantará la ordenación sacerdotal: “Quiero ordenar pronto, pronto a Claret, porque veo en él algo extraordinario”.

Y eso que su Obispo no sabe lo más notable que le ha ocurrido al seminarista durante los estudios. Una simple tentación contra la castidad, propia de cualquier muchacho y tan natural en los vigorosos veinticuatro años, va a marcar todo el apostolado de su vida. Hay que dejarle la palabra a él mismo.

“En invierno sufrí un resfriado, me mandaron guardar cama, y obedecí... A las diez y media de la mañana experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María, invocaba al Ángel de mi Guarda, rogaba a los Santos de mi devoción; me esforzaba en fijar la atención en objetos indiferentes para distraerme; me signaba la frente... Pero, todo en vano.

“Finalmente, me volví del otro lado de la cama, cuando he aquí que se me presenta María, hermosísima y graciosísima. Su vestido era carmesí; el manto, azul, y entre sus manos traía una guirnalda muy grande de rosas hermosísimas. ¡Qué hermoso era todo!

“Yo me veía como un niño arrodillado y con las manos juntas. No perdía de vista a la Virgen Santísima, y recuerdo que tuve este pensamiento: *Es mujer y no te da ningún mal*

*pensamiento, antes bien, te los ha quitado todos.* La Santísima Virgen me dirigió la palabra, y dijo: *Antonio, esta corona será tuya, si vences.*

“Y vi que la Virgen me ponía en la cabeza la corona de rosas que tenía en la derecha, además de alargarme la guirnalda.

“Vi también un grupo de Santos que estaban a su derecha en actitud de orar. Uno me pareció San Esteban.

“Después, a mi mano izquierda, vi una gran muchedumbre de demonios, formados como soldados que se repliegan después de una batalla. Y yo me decía: *¡Qué multitud, y qué formidables!*

“Tan pronto como pasó todo esto, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande que no sabía lo que por mí había pasado.

“Fue una gracia especial de María. Por muchos años estuve sin ninguna tentación contra la castidad, y, si después ha venido alguna, ha sido tan insignificante que ni merece el nombre de tentación. ¡Gloria a María! ¡Victoria María!”.

Claret recibió el don de la castidad. Pero, hubo mucho más. Al ser ordenado de diácono, escuchó las palabras de San Pablo, *Efesios 6, 12*: “No trabamos combate contra enemigos de carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra los que tienen el imperio de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos”.

Y comenta Claret: “Entonces el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación”.

La estrategia de su apostolado se basará en esta lección.

Serán sus patronos especiales los diáconos más luchadores, como San Esteban y San Lorenzo.

El Arcángel San Miguel ocupará un lugar destacadísimo, lo invocará continuamente, y bajo su nombre y protección estará la obra claretiana más genial, como fue la Academia de San Miguel.

Y María Inmaculada, la vencedora total de Satanás, será la bandera y estandarte de su inconcebible actividad misionera.

Llegaron las Ordenaciones. El 24 de Mayo de 1834, con 78 candidatos, Claret recibe el Subdiaconado, y canta la Epístola; Balmes el Diaconado, y proclama el Evangelio; Manuel Subirana, el santo y futuro gran apóstol de Honduras, el Presbiterado. ¡Qué tres figuras en aquella Ordenación!...

El Diaconado de Claret es el 20 de Diciembre, y el Presbiterado el 13 de Junio de 1835 en Solsona, por enfermedad de su Obispo de Vic Mons. Corcuera, que fallecería el día 3 de Julio.

## **Cura y Jesuita**

Claret llega al sacerdocio en unos momentos críticos de la Iglesia española. Es el tiempo de la desamortización de Mendizábal, que priva de sus propiedades a la Iglesia, y el de la supresión de las Ordenes Religiosas.

Las grandes propiedades usurpadas no se reparten entre los pobres, sino que se malvendan entre los ricos.

Y suprimidas las Congregaciones de Religiosos, el pueblo se queda sin evangelizadores.

Viene la matanza de los frailes de Madrid..., *“porque habían envenenado las aguas de la ciudad”* (!)

Las diócesis se van quedando sin Obispos, que no serán repuestos sino dieciséis años más tarde, a raíz del Concordato de 1851 entre el Gobierno español y la Santa Sede.

Comienzan también las guerras carlistas, las cuales dividen a los pueblos entre tradicionalistas y liberales.

En 1837 el Gobierno prohíbe las ordenaciones sacerdotales. Los seminaristas se escapan a Roma, pero el Gobierno decreta entonces no dar cargos al que se ordene fuera.

A Claret, ordenado en 1835, no le alcanza este decreto último. Nombrado Cura de Sallent, su ciudad natal, es un maestro en el arte de la política e independencia evangélicas en medio de las guerras civiles, sin comprometerse con ningún bando y derrochando un amor grande para todos.

Ésta será su norma invariable de conducta hasta el final de la vida. Y aunque es de presumir que se siente tradicionalista de corazón, acepta con sentido eminentemente práctico los avances irreversibles de la época, que se inclina contra los carlistas en favor de los liberales.

Pero una parroquia le resulta a Claret demasiado pequeña. Ardiendo en ansias misioneras, marcha a Roma para ingresar en la Congregación de la Propagación de la Fe, a fin de consagrarse a la salvación del mundo que desconoce a Jesucristo.

Durante los Ejercicios Espirituales que practica en la Ciudad Eterna, se decide, por consejo del director, a entrar en la Compañía de Jesús. Pero cuando más feliz se hallaba en aquel célebre noviciado de Roma, una enfermedad misteriosa en la pierna hace entrar en sospechas a los superiores. Y el General, el santo Padre Roothaan, le dice resuelto:

“Es voluntad de Dios que usted vaya pronto, pronto a España. No tenga miedo. ¡Animo! Dios le trajo a la Compañía no para que se quedase en ella, sino para que aprendiese a ganar almas para el Cielo”.

El célebre revolucionario anarquista Jaime Brossa, director del periódico El Diluvio, enjuició la cosa muy a su manera, pero también muy certeramente:

“No exageraréis afirmando que éste fue el gran golpe de la Providencia. El General de los Jesuitas disparó así su catapulta contra España... De no haber existido el Padre Claret, Cataluña habría comprendido el mensaje de la revolución”.

A esta Cataluña y a esta España viene ahora Claret. Será para toda la nación el gran regalo de Dios en el turbulento siglo diecinueve.

## **Principios fulgurantes**

Iniciada la década de los años cuarenta con la regencia de Espartero, corren días de moderación. Por eso Claret, al regresar a España, podrá ejercer el ministerio con relativa calma.

Inicia su vida misionera por los pueblos de la comarca de Vic, centro de la diócesis. Los éxitos empiezan a ser resonantes, aunque pronto comenzarán también las persecuciones y calumnias. Pero su vida apostólica se ve interrumpida de repente por decisión de su Prelado.

El pueblecito de San Juan de Oló es un hervidero de pasiones por culpa del achacoso y maniático cura. Allá es enviado Claret. Y viene el milagro.

Corren los días en que San Juan Bautista María Vianney convirtió la aldea de Ars, de la vecina Francia, en el foco de conversiones más potente del mundo. Aunque a escala solamente regional, Claret repetía el prodigio en este diminuto pueblo. Las parroquias vecinas se despoblaban para escuchar a un santo.

Su intuición de las conciencias le hacía decir:

-Señalaría con el dedo a aquellos de vosotros que están en pecado mortal.

Las horas de confesonario eran interminables. Las peregrinaciones a San Juan de Oló se sucedían sin interrupción, y como el pueblecito era incapaz de contener a tanto visitante, que esperaba su turno días y noches para confesarse, los campos de los alrededores brillaban de noche con las hogueras de los campamentos como luminarias esplendorosas de fe...

## **Cataluña entera**

La experiencia de estos nueve meses de San Juan de Oló pudo ser alucinante. Pero un puesto fijo hubiera sido para Claret una camisa de fuerza. Porque Claret había de ser Misionero itinerante. El estilo de Jesús evangelizador es el único que cuadra al nuevo apóstol catalán.

Investido por el Papa con el título de *Misionero Apostólico*, recorre toda Cataluña haciendo vibrar de entusiasmo a las multitudes, despertando el sentido religioso, amortiguado por tantas guerras, revoluciones y calamidades patrias. Las gentes lloran sus pecados, y las grandes conversiones y los milagros están a la orden del día.

“Los caminos que llevaban a Roda estaban cuajados de gentes que iban a oír al predicador, dejando poco menos que desiertos los pueblos de la comarca y las casas de campo de los alrededores”.

Este testimonio sobre Roda de Ter vale por igual para todas las poblaciones de las cuatro provincias catalanas misionadas por Claret.

La gente se ingenia para confesarse con el Santo, y no con los otros muchos sacerdotes que forzosamente le ayudan en este ministerio.

-Oiga, ¿no podría abrirme la puerta de la iglesia a media noche para agarrar puesto ante el confesonario?, le dice al campanero una señora de Figueres

El funcionario de las puertas accede con sonrisa maliciosa..., pero esa misma trampa la habían ideado otros muchos, y la pobre mujer se tuvo que colocar muy atrás en la cola...

Hasta quince horas de confesonario se tira el Misionero en Solsona. El mismo Claret escribía al íntimo amigo Caixal:

“Confesamos desde las cuatro y media de la mañana hasta la noche, y no es posible despachar a todos. Hasta los hombres lloran compungidos y se aguantan todo el día en ayunas con el frío tan riguroso que hace. Sufren ellos, y padezco yo al verlos sufrir”.

Cuáles eran los frutos de la predicación claretiana, lo podemos colegir por lo que cuenta graciosamente un testigo de la célebre misión de Lérida, donde a Mosén Antón se le empieza a llamar *El Padre Claret*, y con “El Padre Claret” se ha quedado para siempre:

-En toda la ciudad no se hablaba más que de la misión del Padre Claret.

“*Es un santo*”, decía éste...

“*Es un enviado de Dios*”, apostillaba aquél...

“*¿No sabes que fulano de tal vivía hace tiempo amancebado? Pues, ya se ha separado de su amiga*”, comentaba otro...

“*Aquellos que se habían separado, ya viven juntos*”, añadía otro contertulio..., que acababa: “*Y aquella joven tan así..., fue de las primeras que se confesó*”...

Y como en Lérida, así ocurrió en todas partes. Claret, el Padre Claret, se ha convertido en el apóstol de toda Cataluña.

### **El enemigo al acecho**

El apostolado de Claret estuvo caracterizado, desde los comienzos hasta el fin, por la persecución encarnizada del enemigo. Su vida misionera está llena de aventuras, de asaltos de ladrones, de calumnias insensatas, de luchas contra los espíritus infernales.

Y está llena también de intervenciones divinas, como escribió el Santo:

“Si era grande la persecución que me hacía el infierno, era muchísimo mayor la protección del Cielo. Conocía visiblemente la protección de la Santísima Virgen y de los ángeles y santos. La Virgen y sus ángeles me guiaron por caminos desconocidos, me libraron de ladrones y asesinos y me llevaron a puerto seguro sin saber yo cómo”.

Hace alusión a hechos conocidísimos en Cataluña. Aquí escogemos dos o tres nada más.

Va a pie —eso desde luego, como siempre—, a predicar en San Esteban de Bas, cuando ve que en el camino se le apostan tres bandoleros salidos del bosque y trabuco en mano:

-¡Alto, Padre Capellán! ¡La bolsa o la vida!

-Pues..., habrá de ser la vida, porque dinero no llevo.

Los asaltantes, al no poder robar, temen ser descubiertos si lo dejan libre. Pero el Misionero les habla con serenidad:

-Tengo el compromiso de ir a predicar. Por favor, déjenme. Yo les doy mi palabra de sacerdote de que, una vez cumplido el ministerio sagrado, vuelvo aquí yo solo y hagan de mí lo que quieran.

Ante tanta sangre fría, se miran los ladrones unos a otros, y le dejan marchar. Acabada la predicación, el Misionero se presenta solito:

-¡Hola, amigos! Aquí estoy.

Naturalmente, el cuento acabó como ya se imagina el lector. Los bandoleros salieron de sus escondrijos, no para fusilar al valiente predicador, sino para confesarse allí mismo los tres bajo un árbol copudo...

En Torredembarra, el asunto fue más serio. Mientras predicaba en la iglesia atestada de gentes, una nutrida descarga, proveniente desde la puerta lateral, incrustaba las balas en el

púlpito, sin que ninguna hiciera blanco en el Misionero, que tranquilizaba serenamente al público:

-¡No hagáis caso de los esfuerzos que Satanás hace para impedir el fruto del sermón!...

En Masnou, sin embargo, la cosa tomó el cariz de lo cómico.

El Padre carmelita Juan Quintana, buen organista, prepara con cantos al pueblo antes de que el Misionero comience el sermón. Pero las gentes se asustan al oír que el organista entona una canción escandalosa. El pobre carmelita suda a mares sin saber lo que ocurre... Hasta que el Padre Claret interviene con voz potente desde el púlpito:

-No se asuste, Padre. Haga usted el favor de tirar del registro flautado, que dentro está Satanás.

Desde este momento, los cantos religiosos brotaron del público devoto más enardecidos que nunca...

## Milagros

Claret no será un santo milagrero. Sólo en estos primeros años de ministerio corre por toda Cataluña la fama de hechos sorprendentes, que acreditan al Misionero como enviado de Dios. Después, cesarán los milagros. El testimonio de su vida será el máximo exponente de su autoridad misionera.

De los hechos prodigiosos que se cuentan de él, unos son muy serios y otros llevan la impronta de la gracia festiva y hasta del buen humor.

Aquella criaturita de tres años tenía paralizado un bracito a causa de una caída cuando era una chiquitina. No lo podía mover para nada. El Padre Claret, a quien han referido el caso, repone tranquilo:

-Eso no es nada.

Toma un racimo de uvas y lo agita ante los ojos inquietos de la chiquilla:

-Mira, nena. Tómallo. Esto es para ti.

Y la muñequita aquella estira la manecita y lo agarra con la máxima naturalidad...

En Falset, el niño Antonio Forcadell repite la conocida escena evangélica. Está ciego. Y oye que el santo Misionero pasa por la calle.

-¡Padre Claret, cúreme los ojos!

-Pero, hijo mío, si yo no soy médico.

-No importa. Si usted quiere, los puede curar.

El Padre le toca los ojos, diciéndole:

-Lávate cada día con agua bien limpia.

No hizo falta ningún enjuague. Al instante, el niño empezó a ver con toda claridad.

¿Milagros?... El amigo Jaime Balmes anota sobre la conversación que tuvo con el Padre Claret:

“Los enfermos. Ellos dicen que se curan; él dice que no hace más que encomendarlos a Dios, y que no sabe nada extraordinario”.

En Valls, un muchacho se ríe y ríe del predicador, a quien propina dos o tres naranjas, arrojadas con fuerza desde su sitio hasta el púlpito. Acababa la función, el sacristán va a cerrar la puerta de la iglesia, y el joven burlón permanece quieto, clavado en la banca, sin poderse mover para nada. Avisan al Misionero, que responde pacíficamente desde la casa cural:

-Díganle que mañana, a las nueve, le espero en el confesonario.

Así se puede levantar..., y a la hora de la cita estaba cabizbajo, humilde penitente, ante el bondadoso Misionero.

Y el caso más celebrado en toda Cataluña.

El Misionero se dirige de Masnou a Barcelona. A pie, como siempre. Se une a un campesino, con quien traba conversación amena. Pero el pobrecito empieza a temblar.

-¿Qué le pasa?

-Mire, Padre. Soy muy pobre, y para socorrer a mi familia me he hecho de contrabando con este saquito de tabaco. Pero ahí está la policía, y no me queda más que la cárcel.

El Misionero agarra el bulto. Y en el control de la guardia:

-¿Qué lleva usted ahí?

-Alubias.

Inspeccionan los policías, y en el saco no aparecen más que legumbres sazonadas... El pobre labriego abre unos ojos inmensos y asombrados. ¡Lástima de tabaco!... Sólo que, al llegar a casa, los ricos frijoles se habían convertido otra vez, como por arte de encantamiento, en tabaco perfumado...

## Profecías

Y con el milagro, la profecía. Claret es profeta en el más genuino significado de la Biblia: *el que habla en nombre de Dios*. Adivina, profundiza en el porvenir, pero, sobre todo, interpreta los signos de los tiempos. Las gentes intuyen en él al enviado de Dios cuando ven realizadas tantas cosas que Claret previene y anuncia con anticipación.

Cuatro niños que juegan “a decir Misa”, soñando ya en el seminario, rechazan al compañero más pequeño, que llora porque no lo quieren. Claret observa la escena, y apostilla grave:

-¡Lo que son las cosas! Ninguno de esos cuatro será sacerdote; en cambio, este pequeño lo será, irá a las misiones y salvará muchas almas.

En 1897 moría en Manila, Filipinas, el jesuita Padre Estanislao March, ¡el chiquillo rechazado, porque no sabía decir Misa!...

Un campesino burlón se cruza en el camino con el Misionero.

-Padre Cura, ¿quiere usted confesar a mi burro?

-¿A tu burro?... ¡A ti debería confesarte, que llevas siete años sin hacerlo, con la buena falta que te hace!

-¿Siete años? Pero, ¿cómo lo sabe usted?...

A la vera del camino se reconciliaba con Dios el arriero guasón...



¿Y el divertido caso de Monistrol?... Dos tipos dados a la bebida se hallaban plantados delante de una taberna cuando ven acercarse al Misionero. Y uno al otro:

-Oye, si ese saco de carbón ardiese, podríamos encender en él nuestros cigarros.

Inmediatamente se les presenta Claret con un ascua encendida en la palma de la mano, y les dice bondadoso y con un poquito de ironía:

-Tengan, tomen lumbre y fumen con gusto.

Acabaron, naturalmente, confusos y poco después convertidos.

-¿Qué? ¿Te vienes esta noche al sermón del Padre Claret?, le dice a un joven su amigo Juan Prat.

-¡Hombre! Preferiría que me convidaras a una buena merendola de chuletas...

-Te las prometo, si vienes a la misión.

Aceptado, a la iglesia que se va. Y durante el sermón, en voz baja al amigo:

-¡Vah! Un predicador como todos. Tonterías para espantar a los críos.

Y el Misionero, desde el púlpito, e interrumpiendo la explicación:

-Cierto que soy un predicador como los demás, y con la diferencia de que soy peor que los otros; pero, al fin y al cabo, enviado también por Dios como ministro suyo. Y tú, hermano, escucha la voz divina que te llama a penitencia, deja el camino que llevas y emprende el de tu salvación.

Ya en la calle, pregunta Prat:

-¿Qué tal te ha parecido?

-Que ese predicador es un brujo o un santo.

Acabó la misión, a la que ambos iban cada día. Y al final, para celebrar la paz que traía una confesión sincera, y conforme a la palabra empeñada, es de suponer que abundaron las chuletas, bien rociadas de vino generoso...

### **¡Guerra a la blasfemia!**

Es triste decirlo, pero por aquel entonces los hombres de España, Francia, Italia y Portugal, las naciones católicas de Europa, blasfemaban como demonios, y Cataluña no era una excepción. Así lo reconoce Claret:

-En aquellos días en que empecé a predicar era cosa horrorosa la multitud y gravedad de blasfemias que se oían por todas partes; parecía que todos los demonios del infierno se habían diseminado por la tierra a fin de hacer blasfemar a los hombres.

Para hacer frente a costumbre tan infernal, Claret erige en 1845 “La Congregación contra la blasfemia” y publica una hoja con recetas para curar tan espantoso mal. Su celo consigue que “en Cataluña no se blasfeme ni la milésima parte que antes”, según comentarista autorizado.

### **¿Cansarse?...**

Decir que Claret evangelizó *toda* Cataluña no es una exageración. Inició sus predicaciones como misionero itinerante entrado el año 1840 y marchó a Canarias a principios de 1848. Pues bien, durante esos siete años, a los que hay que restar los nueve meses de San

Juan de Oló, predicó misión, novenario o mes entero en sesenta y ocho poblaciones, citadas por él nombre por nombre en su autobiografía, para concluir: “y otras y otras”.

Es por de más interesante cómo se trasladaba de parte a parte para recorrer todo el territorio catalán. Siempre a pie, desde luego. Hay que oírle a él mismo, en dos párrafos que no tienen desperdicio:

“A estas poblaciones no iba de una a otra inmediata sino al contrario, iba a una; concluida aquélla, iba a otra muy lejos, ya porque así lo habían pedido los de la población a mi Superior, que era el Prelado de Vich, a quien yo siempre obedecía con el mayor rendimiento, o ya porque así lo exigían las circunstancias de aquellos tiempos tan turbulentos y en que tan perseguidos eran los ministros de la Religión y de todas las cosas buenas”.

“En estos siete años, siempre estuve andando de una población a otra. Andaba solo y a pie. Tenía un mapa de Cataluña forrado de lienzo que traía plegado, y por el mapa me llevaba, medía las distancias y marcaba las posadas. Por la mañana hacía cinco horas de viaje, y otras cinco por la tarde; a veces con lluvias, otras veces con nieves, y en verano con soles abrasadores. Era el tiempo que más me daba que sufrir, porque, como siempre andaba con sotana y abrigo pesado de mangas y el mismo de invierno, en verano me daba mucho calor; además, con zapatos y calcetines de lana, que me hacían ampollas en los pies, por manera que a veces me hacían andar cojo. Las nieves también me dieron ocasión de ejercitar la paciencia cuando eran muy grandes las nevadas, que cubrían todos los caminos y me hacían desconocer el terreno; yo por eso caminaba al través y me hundía en los barrancos llenos de nieve”.

Así era su andar. El propio de un misionero de lujo, que sabía llevar con gallardía la pesada cruz del apostolado, sin fáciles concesiones a la naturaleza. Y al llegar a la población, las tareas agotadoras de la misión, con largos sermones e interminables horas de confesonario.

El trabajo no le rinde jamás. Le dicen una vez sus acompañantes:

-Padre Claret, le estamos rindiendo.

-No, no; no hagan caso. A mí me ocurre lo que a los perros, que saco en seguida la lengua, pero no me canso.

¡Qué se va a rendir! Ya se lo decía a su Obispo, algo preocupado por la salud de su sacerdote:

-No, excelentísimo Señor, no me canso. Yo no soy más que la trompeta de Dios, y la trompeta no se cansa nunca, ni tampoco el que la toca.

Paralela a esta resistencia física iba su fortaleza moral. *Claret* en catalán significa *clarito*, y, jugando con su apellido, dirá de sí mismo y dirán los demás al contemplar su libertad apostólica: “Clarito de nombre y de hechos”.

**El motor**

“¡Enamórense ustedes de Jesucristo!”, dirá un día Claret, y con estas palabras descubre toda la potencia del motor que lleva dentro: un **amor** inmenso que no le deja parar. Dice él mismo:

“Sí, lo digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a María y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas las bellas dotes serán inútiles; pero si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo”.

Un amor ardiente al que Claret añade las virtudes que cree más apostólicas, de las que tenemos testimonios muy abundantes en su autobiografía y en su historia.

Como su **pobreza**, que fue única. Hizo de la pobreza, vivida radicalmente, su principal testimonio apostólico. En un pañolón, que él mismo se preparaba al salir, llevaba envuelto todo su haber: una muda interior y un par de calcetines para cambiarse, la Biblia y el Breviario para rezar.

La Providencia es su único sostén. Claret la ve un día en un pobre, que se compadece del Misionero agotado de tanto caminar y le paga un plato de legumbres...

Y siempre se le manifiesta en la buena gente, que le remienda o le cambia la ropa cuando se ha vuelto inservible...

Un día se lleva un susto fenomenal. Se mete la mano en el bolsillo y palpa una moneda... ¡Dios santo! ¿De dónde ha venido?... La saca, y ve que no es tal moneda, sino una medalla. “¡Volví de la muerte a la vida!”.

Repite, hasta el final de sus días, cuál es su ilusión: “Quiero morir sin pecados, sin deudas y sin dinero”. E hizo de esto una norma constante de su vida: “Nada tenía, nada quería, y todo lo rehusaba”.

Su vida, de esta manera, se convirtió en un constante **sacrificio** que lo llevaba al heroísmo en el comer, en el dormir o en el negarse cualquier satisfacción. “Procuraré privarme de todo gusto, para dárselo a Dios”.

Esta austeridad, sin embargo, no estaba reñida con una **bondad** y **mansedumbre** tales que le salían por todos los poros del cuerpo.

En la mansedumbre —innata por una parte, y, además, procurada con gran esfuerzo durante toda su vida—, ve Claret una de las señales más notorias de su vocación apostólica. Le gusta definirse a sí mismo con tres simpáticos diminutivos catalanes: “*Mosén Claret, pobret, contentet i alegret*”: Claret siempre pobrecito, contento y alegre.

Y aunque es muy serio, y la gravedad sacerdotal le distingue por doquier, sabe gastar humor cuando conviene corregir, como a la regañona e inaguantable Margarita, hermana del amigo Bofia, con quien se hospedaba al estar en Barcelona, y que era la tortura de su pobre sobrina:

-¡Válgame Dios! ¡Que todas las viejas han de ser gruñonas! Se deberían cerrar con un llavín los labios para que no regañasen tanto.

Y la solía saludar con maliciosa intención:

-¿Qué tal? ¿Cómo está la atmósfera hoy?...

A las Carmelitas de Vic, “palomarcico” tan selecto de la Virgen, que le ayudaban tanto con sus oraciones, les decía tranquilo:

“Cuando no puedo llevar los pecadores al Cielo, tampoco riño con ellos. Le digo a cualquiera: yo te acompasaré hasta las puertas del infierno, pero de allí no paso... Mas no por eso quiero reñir”.

En la **obediencia** fue tajante. Sólo con los ojos en el querer de Dios, no movía el dedo meñique sin el mandato o autorización del Prelado en cuanto se refería al ministerio. Si iba mandado a un sitio, no le arredraba ninguna persecución:

“Mi superior es a quien he obedecido. Porque, aunque hubiera sabido que me esperaban puñal en mano cuando iba a subir al púlpito, no hubiera desistido”.

¿Y la **humildad**? Aunque fue perseguidísimo y atrocemente calumniado, las gentes le adoraban y él levantaba olas de entusiasmo. La vanidad entonces pudo ser un peligro constante. Pero sabía qué pensar de sí mismo.

El Dr. Sauquer, talento extraordinario, al ver los éxitos de su compañero, temía por él, y decidió hablarle:

“Estando solos los dos, con la franqueza de condiscípulo y amigo, le dije que se fortificara mucho contra el orgullo, a lo que me contestó: -Te agradezco el aviso. Encomiéndame a Dios. Pero, ¿sabes lo que pienso? Que soy la quijada en manos de Sansón: Dios es el Sansón, y yo la quijada”.

De esta estampa de santo sacó aquella **unció**n más que extraordinaria. Era su persona entera la que hablaba. Aquella religiosa recién llegada de Francia lloraba a lágrima viva durante toda la hora que duró el sermón. No entendía ni una palabra de castellano o catalán, pero la sola virtud del predicador le conmovió todas las profundidades de su ser.

### **Predicación, como la de Jesús...**

Así podríamos decir que fue la oratoria del Padre Claret. Llana. Sencilla. Le entendía todo el mundo. Aunque muy impuesto en la Sagrada Escritura, Teología, Filosofía y Ciencias Naturales, no se daba, sin embargo, ningún empaque oratorio según el estragado estilo de la época.

Jaime Balmes, después de hablar con su amigo, resume así la predicación de Claret:

-En el púlpito jamás habla de teatros, ni de filósofos, ni de impíos. Supone siempre la fe. Poco terror. Suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie al ridículo. Los ejemplos, en general, de la Escritura. Hechos históricos profanos. Habla del infierno; pero se limita a lo que dice la Escritura. Lo mismo en el Purgatorio. No quiere exasperar ni volver locos. Siempre hay una parte catequística.

La Biblia, que leía de continuo, era su fuerte. Vivía apasionado por la Palabra de Dios. La Biblia llena todos sus escritos, y un profundo sentido bíblico impregnaba también su predicación entera.

Y todo lo explicaba, en el púlpito como en las conversaciones privadas, con ejemplos atinados y comparaciones muy oportunas, en las que encerraba las verdades más profundas.

Una anécdota, entre mil, con uno que le ha oído hablar de la condenación eterna.

-Yo no veo por qué el infierno, por sólo la duración de las penas, tiene que ser un tormento intolerable. A todo se hace uno...

-¿Quieres convencerte —repone bondadosamente el Misionero—, del tormento que supone la condenación por sólo la invariabilidad? Hacemos una apuesta, y mañana hablamos. Hoy te vas a acostar pronto, levántate mañana tarde; no te muevas nada en toda la noche. Y mañana vienes a verme.

Al día siguiente le pregunta irónico el Padre Claret:

-¿Qué tal?...

-¡Una noche horrible, Padre, con eso de no rebullirse nada, y eso que no la aguanté entera!...

-Pues, considera lo que será el infierno, sin cama blanda, sin sueño posible, ¡y siempre igual!

“Las comparaciones —decía— gustan a todos, sabios e ignorantes, creyentes o incrédulos”. Y con ellas, así resultaba su predicación. Como la del Jesús de las parábolas...

Sin embargo, con esta predicación sencilla y con sus escritos en la lengua del pueblo, contribuyó Claret como pocos a la *Reneixença Catalana*, o Renacimiento Catalán. Las grandes lumbreras del pensamiento, como su amigo Balmes, elaboraban las ideas que Claret aplicaba y esparcía entre el pueblo, el cual salía por entonces del campo y se metía en las nuevas corrientes de la Europa industrializada, dentro de la cual ocuparía Cataluña un lugar tan destacado.

## La Virgen

Claret es un apóstol de María, y por todas partes riega su devoción. Pocos santos habrá habido tan amantes de la Virgen como el Padre Claret. Es, más que nadie, el gran heraldo de la devoción al **Corazón de María**, y, por encargo expreso de la Señora, “el Domingo Guzmán de estos tiempos”, que propaga **El Rosario** por doquier.

Es idílica la escena de las calles de Barcelona, en aquella inolvidable misión de Mayo de 1844. Va caminando por la calle estrecha cuando oye un dulcísimo cantar que no sabe de dónde sale. Alza la vista, y en la ventana de un alto piso ve tres ángeles bellos...

Sube decidido la escalera. Llama en el piso correspondiente, y encuentra a la señora y a sus dos hijas desgranando el rosario, tal como él les inculcaba en los actos de la misión. Nada les cuenta de la visión, pero les dice con honda simpatía:

-¡Sigán, sigán rezando el Rosario, que tanto alegra a los cielos!...

Antes de que en Fátima manifestase la Virgen tan terminantemente la voluntad del Cielo sobre el Rosario y el Corazón de María, ya Claret señalaba estas dos devociones unidas como un gran medio para la salvación del mundo.

Su intuición en esto fue genial.

En agosto de 1847 establece en Vic la Archicofradía del Corazón de María, en la cual se inscribieron durante aquel famoso novenario más de diez mil personas de la ciudad y sus alrededores.

Desean tener una imagen propia del Corazón de María, y apostilla Claret:

-¡Pero, si ya la tenemos!

Y se contenta con poner un corazón sobre el pecho de la Virgen del Rosario venerada en la iglesia de Santo Domingo. Junta en una las dos devociones, como lo hará la Virgen ochenta años después en sus apariciones de Fátima...

La Virgen es un punto clave para entender la espiritualidad y el apostolado de Claret. El nombre de María lo añadió a su nombre de Antonio al ser consagrado Arzobispo, “porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra, mi Directora y mi todo después de Jesús”.

El espíritu filial para con Dios y con María es la raíz, el centro y el coronamiento de su espiritualidad apostólica más profunda.

Claret se siente un *hijo* de Dios **en** Jesús y un *enviado* de Dios **como** Jesús, ungido especialmente **por** el Espíritu Santo; y cuenta siempre **con** María, que lo forma, lo lanza como saeta con brazo fuerte, le acompaña y le da una victoria segura.

### **La Librería Religiosa**

Una intuición atinadísima y hasta genial de Claret en estos años de su apostolado en Cataluña, dio origen a una obra verdaderamente grandiosa. Dejemos que nos lo cuente él mismo:

“Mientras iba predicando de una población a otra, discurría cómo lo haría para que fuera más permanente el fruto de las Misiones y de los ejercicios espirituales que daba, y se me ocurrió que sería muy poderoso el darles por escrito los mismos documentos que les daba de palabra, y esta fue la razón de empezar a escribir libritos para todos los estados con el título de “Avisos a los Sacerdotes, a los padres de familia”, etc., lo mismo que las hojas sueltas”.

Y sobre el libro escribe un párrafo delicioso:

“No todos quieren o no pueden ir a la iglesia para oír la divina palabra, pero el libro irá a su casa; el predicador no siempre podrá estar predicando, pero el libro siempre está diciendo lo mismo, nunca se cansa y siempre está dispuesto a repetirlo; que en él lean poco o mucho, que lo lean o lo dejen una y mil veces, no se ofende por eso; siempre se le encuentra igual, siempre se acomoda a la voluntad del lector”.

Deja estas palabras idílicas, y habla después Claret con suma gravedad:

“Los libros son la comida del alma, y a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá, y si la comida es ponzoñosa le perjudicará, así es la lectura: si es de libros buenos y oportunos a la persona, le nutrirá y aprovechará mucho; pero si es de libros malos y escritos perniciosos, corromperán las creencias y pervertirán las costumbres, empezando por extraviar el entendimiento, luego a corromper el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males, como dice Jesucristo, hasta llegar a negar la primera verdad, que es Dios, y origen de todo lo verdadero. “Dijo el impío en su corazón: Dios no existe”.

¿Y cómo debe ser ese libro apostólico? Claret era práctico por demás:

“Si es un libro voluminoso, no será leído, únicamente servirá para cargar las estanterías de las librerías y las bibliotecas. De aquí es que, convencido de esta importantísima verdad, he dado a luz, ayudado de la gracia de Dios, tantos libritos y hojas sueltas”.

Con estas ideas en la mente de Claret, nació en el año 1848 la Librería Religiosa, en la calle Aviñó, entonces una de las más importantes de la Barcelona antigua. ¿Dueña y Patrona? La Virgen de Montserrat. Y no se quedó en teorías y en minucias. Al cabo de un año de su fundación, la Librería había lanzado un promedio mensual de 10.000 volúmenes: A los dos años cabales ascendían a 329.000 tomos los expendidos por suscripción, como si se tratara de una revista. Venían las impresiones hechas expresamente para ser regaladas, además de las innumerables hojas sueltas, a veces verdaderos opúsculos, que se esparcían por toda España. Se sumaba a esto el intercambio que hacía: al que presentaba un libro malo o inconveniente se le recogía y se le entregaba otro bueno.

Sólo una palabra sobre el Camino Recto, libro de formación cristiana y devocionario, el escrito más popular de Claret. Ocho años antes de que muriera el Santo, llevaba ya 38 ediciones con 400.000 ejemplares. En 1900 alcanzaba la cifra de dos millones. La edición última de 1962 era el número 185. El anarquista Brossa confesaba con aire lastimero: “Nosotros no hemos sabido hacer ningún Camino Recto”.

¿Cómo mira Claret esta su obra de la Librería Religiosa, que está sólo en los principios? Se lo dice él mismo a Dios:

“Cómo he escrito tantos y tan diversos libros, yo no lo sé: Vos lo sabéis, Dios mío. Digo mal, sí lo sé: no soy yo quien he escrito, sois Vos, así, Vos sois, Dios mío, y os habéis valido de este miserable instrumento para esto, pues que no tenía saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionabais todo. ¡Bendito seáis, Dios mío!”.

Lo que no dice Claret es que se pasaba a veces las noches de claro en claro escribiendo en medio de su agotadora predicación, y que tenía varios colaboradores, pues sabemos sus nombres, a los que mantenía en jaque repasando, corrigiendo y dando la última mano a tantos escritos como salían de su pluma sencilla.

## **Las Islas Canarias**

Su Obispo adora a Claret. No se desprendería de él por nada. Pero un día le da la orden de embarcarse para las Canarias, donde lo solicita el recién consagrado Obispo Monseñor Codina. Y allí se va Claret. El trabajo será abrumador, pero los catorce meses en las Islas serán también una auténtica luna de miel misionera, porque al final dirá el infatigable apóstol que “los canarios me tienen robado el corazón”.

En Telde no sabía qué hacerse el cura, de tanto entusiasmo: “Esta población jamás ha presenciado cosa igual: reconciliados los enemigos más encarnizados; los pecadores más

obstinados, penitentes; los escándalos públicos y privados, cortados y expiados; los matrimonios extraviados, restablecidos; las restituciones, satisfechas”.

En Agüimes, la policía ha de montar guardia en torno al confesonario del apóstol, “al que acudían —relata un testigo—, obreros que despreciaban sus jornales, soldados que burlaban la ordenanza, empresarios y terratenientes que abandonaban los negocios”.

El último día de la misión, en la que han confesado día y noche siete sacerdotes, comienza la Misa a las nueve; son tres los sacerdotes que se van turnando para distribuir el Pan de Vida, y la comunión no acaba ¡hasta las tres de la tarde!...

Y en Teror, lo mismo. A la policía, montada ante el confesonario, ha de decirle Claret:

-Fíjese usted bien en ese hombre, y procure que mañana sea el primero, porque ya lleva once días aguardando..

-¡Y yo que no lo había dicho a nadie!, comentaba con lagrimas el agraciado.

Al trasladarse de una población a otra se forman procesiones vistosísimas, de hasta dos mil personas y más, que rezan y cantan y... desesperan a la policía.

Fue en Canarias donde tuvieron la ocurrencia, inmortalizada en ilustraciones de algunas vidas del Padre Claret, de formar un cuadro con tablas, en el que metían al Misionero, para que así pudiera caminar en medio de la multitud...

Claret escribe:

“No podría explicar el gentío inmenso que me acompañó en las diez horas del viaje a Tirajana; los arcos triunfales que me hicieron por todas las poblaciones que atravesé, compuestos de palmas verdes y amarillas, con unos Juegos o compuestos admirables; las calles enramadas, de flores por el suelo, de palmas y ramos por los muros o paredes, y en los balcones damascos, y echando flores por las calles y caminos. Otros, con unos hornillos en las manos, quemando incienso; otros disparando fusiles, otros con fuegos artificiales, y todos gritando:

-¡Viva la Religión de Jesucristo! ¡Viva la Virgen Santísima! ¡Viva el Padre Misionero!”...

Y a su Obispo de Vic:

“Yo voy como un desesperado, predicando y confesando día y noche, y, no obstante, las gentes se han de esperar nueve días con sus noches... Traen de su casa un zurrón de harina de maíz, y así viven y esperan. Son muy constantes y perseverantes en los propósitos de la misión, de suerte que esto, junto con otras virtudes que les veo practicar, me tienen de tal manera robado el corazón, que será para mí muy sensible el día que los tenga que dejar para ir a misionar a otros lugares”.

Y así fue. Un día los tuvo que dejar. En la Península le esperaban obras demasiado importantes, y hacia Barcelona que se embarcó de nuevo... Se echaba en falta la predicación de Claret, igual que el silencio de la pluma de Balmes, como apuntaba certeramente el prestigioso Doctor Caixal al mismo Balmes, poco antes de que el gran filósofo muriera:



-El Padre Claret es el apóstol de la Religión y Usted lo es de la política. Todo está desquiciado en esta parte, y Usted puede arreglar muchas cosas. Desde que aquél no predica se siente un vacío; y desde que Usted no escribe, también.

Los dos amigos se habían convertido, por providencia especial de Dios, en los grandes líderes de la sociedad catalana y española de su tiempo. Balmes, un sabio lleno de Dios; y Claret, un santo lleno también de sabiduría y experiencia humana, como lo describe un autorizado biógrafo:

-Balmes había emprendido la conquista de las inteligencias y Claret trabajaba por atraer los corazones; Balmes orientaba las clases directoras de la sociedad, y Claret iba conduciendo las masas populares, que le seguían como a un enviado de Dios; Balmes avanzaba particularmente a la luz de la filosofía, mientras Claret realizaba sus proyectos aleccionado por la experiencia.

En verdad, es muy acertado este juicio. Ausente Claret en Canarias, y Balmes que había muerto el año anterior, en Cataluña había que hacer algo muy especial. Al marchar Claret a Canarias había dejado en mantillas la Librería Religiosa, por él fundada, y ahora iba a ver la luz la obra más importante de su vida.

**C. M. F.**

Cordis Mariae Filius.  
Hijo del Corazón de María.

Para perpetuar su apostolado en el tiempo y en el espacio, Claret funda en Vic (Barcelona) el 16 de Julio de 1849 su obra principal: la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María, a los que dará por consigna: “Salvar las almas de todo el mundo y por todos los medios posibles”.

Ante este programa lacónico, la predicación de misiones populares, los Ejercicios Espirituales, la enseñanza, la prensa, las misiones en tierras paganas..., cualquier ministerio y cualquier apostolado es propio de un hijo del Padre Claret.

Ante los cinco compañeros que le escuchan atónitos, el Fundador ha iniciado la sesión con estas palabras casi festivas: “Hoy comienza una grande obra”. A lo que apostilla con ironía y escéptico uno de los presentes:

-Sí, ya puede ser muy grande, siendo nosotros tan jóvenes y tan pocos.

-¿No lo cree usted? Pues, ¡ya lo verán, ya lo verán!...

Hoy la Congregación, con más de 450 casas, está extendida por todos los continentes, y ha dado a la Iglesia más de 270 mártires, bastantes ya beatificados, y muchos más que, junto con otros claretianos santos, esperan también la gloria de los altares.

**En búsqueda incesante**

Pareciera que Claret, con la Librería y la Congregación, ha llegado a la estabilidad de su vida, la cual no ha sido más que una búsqueda incesante, sin concretarse jamás en un punto

prefijado. Porque después de cada proyecto, le salía al paso una mano misteriosa que le torcía implacablemente el rumbo.

Deja el latín y las ilusiones sacerdotales, porque se muere el preceptor.

Ante fracasos inesperados, abandona la fabricación, sueño dorado de su juventud.

Tiene que desandar el camino de la Cartuja por una hemoptisis muy rara, e ingresa en el seminario.

La parroquia no es para él; sueña en las misiones de paganos, ingresa para ello en la Compañía de Jesús, y ha de abandonarla por una enfermedad inexplicable en la pierna.

Misionero popular, desemboca su actividad en la Librería Religiosa y en la Congregación de Misioneros, sus dos criaturas más mimadas.

Y ahora, sí; ahora ya se ve clara la voluntad de Dios para toda su vida.

Solamente que *ahora* sobreviene lo peor...

No han pasado más que unos días desde el 16 de Julio, cuando ha de abandonar todo y marchar lejos, muy lejos... Por voluntad expresa del Papa, debe aceptar el Arzobispado de Santiago de Cuba.

“Espantado del nombramiento, no quise aceptar por considerarme indigno e incapaz de tan grande dignidad, por no tener la ciencia ni las virtudes necesarias. Y reflexionando después más detenidamente, pensé que, aunque yo tuviese ciencia y virtud, no debía abandonar la Librería Religiosa y la Congregación que acababan de nacer”.

Y le escribe al Nuncio del Papa que con el Arzobispado “yo me ato y concreto en un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo”.

Esta frase: “Mi espíritu es para todo el mundo”, ha dado mucho que hablar y escribir.

Claret no lo ve. Pero va a ser él quien dé un fuerte viraje a la vida de muchos Obispos con su ejemplo y con su doctrina.

Será Claret un Arzobispo misionero, dejará la burocracia del palacio encomendada a sacerdotes preparados, y volverá a la más pura tradición pastoral de la Iglesia, como es la santificación de sus diocesanos por el servicio directo de la Palabra y la administración de todos los Sacramentos, servicio ejercido personalmente por él en todos los rincones de su extensísima arquidiócesis.

Un gran Obispo de nuestros días, que se hizo mundialmente famoso, el cardenal de Madrid Mons. Vicente Enrique y Tarancón, en los inicios de su ministerio episcopal en Solsona, después de leerse de un tirón los dos abultados volúmenes de la Vida documentada del Padre Claret, decía a los seminaristas del Liceo Claretiano:

-Me critican de que permanezco poco en palacio y de que salgo mucho a recorrer la Diócesis. Me lo ha enseñado vuestro Fundador. Veo que hay que ser Obispo Misionero. No tengo más remedio que hacer lo que del Padre Claret he aprendido.

Y escribía el ilustre Prelado en 1950, a raíz de la Canonización del Beato Padre Claret:

“Siempre había tenido para mí que el Beato Padre Claret era, ante todo y sobre todo, esto: misionero. Esta convicción se ha convertido en evidencia. Arzobispo de Santiago de Cuba, no se contenta con organizar misiones en las parroquias de su Arquidiócesis, sino

que, apartándose de la práctica de aquellos tiempos, se convierte él mismo en misionero y deja oír su palabra en casi todas aquellas misiones.

“Obispo y misionero eran en el siglo XIX, dos términos antitéticos. No se concebía que un obispo pudiera ir recorriendo las parroquias de su diócesis en un plan verdaderamente misional... Sin duda ninguna que la Providencia quiso que este gran misionero fuera Obispo, para presentarnos a todos el modelo del *Obispo misionero*”.

## El papelujo

Aunque el nombramiento de Arzobispo le partiera por mitad a Claret todos sus planes misioneros, algo se debía temer el demonio.

Porque viene ahora aquí lo del “papelujo”, caso curioso, pero que está confirmado con nombres y detalles en la Vida Documentada del Santo.

No se sabe qué caso haría el Padre Claret de un papel chamuscado, firmado por unos rasguños, que le cayó sobre el breviario mientras rezaba, y que decía: “Ya estarás contento, que te han hecho Arzobispo de Cuba. Allí harás de las tuyas, pero yo también te haré de las mías”.

Siguió otra intervención misteriosa.

A aquella religiosa medio endemoniada, cuya alma pacificó el santo Misionero, le mostró el demonio el camarote de un barco:

-Este camarote es para aquel ladrón que va a Cuba. No lo hemos podido impedir; pero sepa que le haremos tanta guerra, que no le dejaremos hacer nada.

Claret dirá años después a sus familiares que, efectivamente, el demonio, padre de la mentira, esta vez cumplía muy bien lo prometido...

## Intermedio

Ha transcurrido un año largo desde el nombramiento y aceptación del Arzobispado hasta la consagración episcopal en la catedral de Vic el 6 de Octubre de 1850. Consultas, papeleos, preparativos... Pero Claret desarrolla durante este tiempo un apostolado intenso: predicación, confesiones, Ejercicios Espirituales, y alguna Misión como la de Gerona, que resultó sonada.

Los últimos cuarenta y ocho días antes de embarcarse los pasa en Barcelona con una actividad desconcertante. Le absorbe la Librería Religiosa. Escribe varios libros. Y predica cada día entre siete y diez sermones, largos como todos los suyos. Es ahora cuando tiene lugar esa anécdota que se ha contado de diversas maneras, pero que mantiene siempre igual la respuesta de Claret. Pudo ser un grupo de muchachos que le han seguido paso a paso durante todo un día, y le dicen al final entusiasmados:

-No se explica cómo puede resistir tantas fatigas. Esto es un misterio que no se comprende.

Claret sonríe, y desvela su secreto:

-¿Que no se comprende? Enamórense ustedes de Jesucristo, de la Virgen María y de las almas, y lo entenderán todo y harán mucho más que yo.

Llegó el día de la partida. A las ocho de la mañana del 28 de Diciembre se dirigía procesionalmente el Arzobispo hacia la catedral de Barcelona cerrando las dos filas de su equipo: nueve sacerdotes y cuatro laicos. Los había escogido bien, y de ellos podrá decir como Pablo de sus colaboradores de Filipos: “apóstoles de las iglesias y gloria de Cristo, cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida”.

De la catedral al puerto les acompañó todo un gentío, hasta que embarcaron en la fragata Nueva Teresa Cubana, a la que ascendían también dieciocho Hermanas de la Caridad.

Siempre a merced del viento, igual iba la nave a una velocidad que daba gusto, o bien se paraba “para amanecer mañana donde ayer y pasado mañana donde anteayer”, escribía graciosamente uno de los pasajeros. Al detenerse tres días en el puerto de Málaga; aprovecha Claret la ocasión de predicar en la catedral donde se desarrollaba una misión. ¿Y que ocurrió?... Todos los sacerdotes expedicionarios hubieron de consagrar dos días a oír las confesiones de tantos penitentes. El Arzobispo, que en los dos días siguientes ha predicado catorce sermones, escribe al Obispo de Vic : “Los malagueños están muy contentos de mí, y yo también de ellos: ¡qué cosecha de almas se me presentó!”.

La Teresa Cubana reemprendió la travesía, y, ya en pleno Atlántico, Claret no hubiera sido Claret si no hubiese aprovechado la oportunidad para celebrar una misión dirigida a todos los pasajeros, iniciada el 27 de Enero. Cada atardecer, sobre cubierta, sermón, catequesis, oraciones, cantos fervorosos y entusiastas. El 9 de Febrero empiezan las confesiones, se reconcilian todos con Dios, desde el Capitán hasta el último de la tripulación, y acaba la Misión con una Comunión inolvidable. “¡Qué consolador era ver a esta gente, que hasta lloraban de alegría!”; escribirá después el santo Arzobispo.

Hace cincuenta días que han salido de Barcelona, y el 16 de Febrero, ¡por fin!, entran por el Morro de Santiago en esa tierra prometida al celo enardecedor de un grupo tan nutrido de apóstoles y misioneras.

## **Cuba**

La diócesis a la que llega Claret es demasiado grande. Cuba no tenía entonces más que dos obispados: Santiago, arquidiócesis, y La Habana, diócesis sufragánea. La de Santiago comprendía todo el Oriente y la parte central: prácticamente, por lo mismo, dos terceras partes de la Isla. Huérfana de pastor durante mucho tiempo, la Arquidiócesis ofrecía un panorama político y moral deprimente. Pero Claret dará a Cuba todo: su dinero, sus comodidades, su descanso, su misma sangre en Holguín...

Impotente Claret en su humildad de empuñar las riendas de aquella Iglesia, nada más llega a Santiago sube al Santuario de la Virgen del Cobre, Patrona de la Isla, y le ofrenda el báculo pastoral: “*Vos, Madre, seréis la Prelada*”. Y, seguro con la bendición maternal, se lanza a la lid.

Ni qué decirlo, Claret empieza su ministerio con una misión en la capital de la arquidiócesis, Santiago, desde el 5 de Marzo al 6 de Abril de 1851.

Antes de una semana comenzaban las confesiones interminables. “Hasta por las calles nos pedían confesión”, dice Currius. Y los jóvenes gritaban: “Es necesario confesar o reventar”.

Contará otro testigo: “A los dos meses de su llegada ha logrado ya el Sr. Arzobispo una gran reforma de las costumbres. Los confesonarios están a todas horas ocupados. Todos los días se arreglan matrimonios desunidos. El concubinato va extirpándose. Se verifican grandes restituciones, porque el Señor Claret es dueño de los corazones de los cubanos”.

Y añade una observación aleccionadora:

“La venida de este santo Prelado, que no entiende de política y que se atiende sólo al Evangelio, es un gran paso para la tranquilidad de la Isla. Es indudable que el país le debe ya más beneficios que a fuerzas numerosas que estuviesen reunidas en estos contornos”.

### **Las visitas pastorales**

Durante los seis años de su actuación en Cuba, aparte de las muchas misiones y Ejercicios Espirituales, realiza cuatro visitas pastorales a toda la extensísima diócesis, entre dificultades enormes, con soles abrasadores y lluvias torrenciales, viajando siempre a pie o a caballo por caminos difíciles y a veces intransitables, como por las cuchillas de Baracoa, según escribe el Santo:.

“Nos veíamos apurados para viajar y, no obstante, yo y los compañeros estábamos muy contentos y muy alegres”.

Pero, ante todo, ¿valoramos lo que significan esas “cuatro” visitas pastorales en seis años, sin los medios de locomoción de hoy, en una extensión que comprendía mucho más de la mitad de la Isla, y predicando misión en todas las poblaciones? Un Arzobispo de casi un siglo después, Monseñor Pérez Serantes, y que presencié la canonización de su glorioso antecesor, aseguraba:

-Nunca creí eso de las cuatro visitas hasta que comprobé, con mis propios ojos, los libros parroquiales de todas las poblaciones revisados y firmados personalmente por el Arzobispo San Antonio María Claret.

La primera visita, iniciada en Febrero de 1851, duró más de dos años; la segunda, catorce meses; cinco meses la tercera; y la cuarta, seis meses nada más, interrumpida por el sangriento atentado de Holguín. Una vez restablecido de las heridas, la quiso reanudar en Marzo de 1857, pero ya no pudo realizarla por tener que marchar a Madrid para su nuevo cargo.

¿Cuál fue la estrategia de Claret? En la Curia, en la Catedral, en el Seminario dejó a sacerdotes competentes, virtuosos, de plena confianza, y él se puso al frente de los misioneros itinerantes para recorrer ciudad tras ciudad, palmo a palmo, todo el extenso territorio que Dios le había confiado.

Van siempre en grupo con el Arzobispo, y desde el centro de la misión se desparraman de dos en dos por los diversos sectores, conquistando así una por una todas las poblaciones.

Regresan a la Capital periódicamente para descansar, estudiar y orar con más intensidad, y el Arzobispo en particular para revisar y solucionar todos los problemas de gobierno. Y así hasta la siguiente campaña misionera.

Era una innovación revolucionaria en la vida de los Obispos por aquel entonces. Pero Claret tiene la idea muy clara, como escribirá después en un libro dirigido a todos los Obispos de España: “La predicación ha sido siempre considerada como la principal obligación de los obispos. ¡Ay de los obispos que descuidan esta esencial obligación, que serán tratados como perros mudos que no han sabido ladrar!”.

Si queremos saber lo que fueron estas visitas pastorales, veamos, como un botón de muestra, lo que resultó la primera. En carta personal, se lo narra todo al Papa el mismo Arzobispo:

“Administré 97.000 confirmaciones. Repartí 73.000 comuniones. Arreglé 9.000 matrimonios. Legitimé 40.000 hijos naturales. Repartí gratis 98.000 libros piadosos, 89.000 estampas y 20.000 rosarios, etc., etc.”.

Antes de seguir, vale la pena tener en cuenta las palabras del Papa Pío XII en la bula de canonización del Santo: “A esta obra se entregó totalmente Antonio. Jamás se cansó de dar, de tal modo que, siendo Arzobispo de Cuba, regaló más de 200.000 volúmenes”.

Pío IX recibió la carta, y le contestaba emocionado:

“Levantando nuestros ojos al Señor, hemos tributado bendiciones a Aquel que en la suma necesidad en que se hallaba esa Iglesia, le ha suscitado clementísimamente un Pastor según su voluntad”.

Claret daba una alegría grande a Pío IX. Pero el Papa le iba a dar pronto a Claret el alegrón más grande de su vida. El Arzobispo enloqueció de felicidad con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de Diciembre de 1854, y escribía a sus diocesanos una carta pastoral que tuvo amplia resonancia hasta fuera de Cuba:

“Ya no nos duele morir. Sí, con gusto moriremos en cualquier hora que el Señor se digne disponer de Nos, porque ya han visto nuestros ojos lo que tanto anhelábamos. Aún más, deseamos soltar la cadena de este cuerpo que nos sujeta aquí a la tierra para poder subir al Cielo y estar con la Madre de Jesucristo y Madre también nuestra, y poderla felicitar personalmente”.

Así escribió en aquella su famosa carta pastoral, que, saliendo de los límites de la arquidiócesis y yendo muy lejos, mereció ser reimpresa en Barcelona y publicada también en París como algo de excepción.

## **Calamidades misioneras**

El 20 de Agosto de 1851 comenzaron los violentos terremotos que asolaron la Isla. Borrascas espantosas sembraron por doquier la desolación. La peste y el cólera diezmaron literalmente las poblaciones. El Arzobispo sufrió como nadie las calamidades de sus ovejas. En su bolsillo no quedó ni un céntimo, y diariamente visitaba los ocho hospitales de Santiago, atestados de enfermos.

Sin embargo, interpretando los acontecimientos con ojo de profeta, el santo Arzobispo miró tanta calamidad como mensajera providencial de Dios. Escribe en su autobiografía:

“Muchísimos que no se habían confesado en la misión se confesaron por los temblores y la peste. ¡Qué verdad es que hay algunos pecadores que son como los nogales, que no dan

fruto sino a palos! Yo no puedo menos de bendecir al Señor por haber enviado la peste, pues conocí claramente que era un efecto de su admirable misericordia, porque por la peste muchos que no se habían confesado en la misión se confesaron para morir. Dios, con aquella peste, se los llevó y ahora están en el Cielo. De no haber sido por la peste se habrían muerto en pecado y condenado”.

## La obra social

El Arzobispo es un gran limosnero. Los pobres le roban el corazón, y cada lunes, después de impartir personalmente la instrucción religiosa a los que llegan en tropel, da a cada uno de ellos una peseta, que en aquel entonces equivalía al sueldo de todo un día. Los compañeros se quejaban entre semana:

-Ese ya vino el lunes, y vuelve hoy y volverá mañana.

Pero la orden del Arzobispo era tajante:

-Dadle de nuevo, porque si vuelve es señal de que no pudo remediarse con la primera limosna.

Así era el corazón del Arzobispo. Antes de dar a cada uno su peseta, “yo mismo les enseñaba la doctrina cristiana. Siempre, y después de enseñado el Catecismo, les hacía una plática y les exhortaba a recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión, y muchísimos se confesaban conmigo, porque conocían el grande amor que les tenía, y, a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres”.

Aunque la limosna, ya se ve, por buena, por bonísima y hasta necesaria que sea, no es el remedio mejor.

Claret mira mucho más lejos. Lo importante para él era la promoción social. Mejor que dar el pescado, prefería poner en la mano el anzuelo y enseñarlo a usar.

En sus tiempos, el avanzadísimo Padre Claret implanta en los pueblos de su arquidiócesis las *Cajas de Ahorros*, una de las conquistas sociales más grandes modernas.

Funda en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, la *Casa de Beneficencia*, y, sobre todo, *La Granja Agrícola*, verdadero instituto laboral, dotado de todo el instrumental más moderno de entonces.

Hablando de las *cárceles* escribe: “Cuidábamos de que en la cárcel los presos aprendieran a leer, escribir, la religión y algún oficio; y así es que en la cárcel teníamos una porción de talleres, porque la experiencia enseñaba que muchos se echaban al crimen porque no tenían oficio”.

El Padre Claret fue un abanderado de la *libertad* cuando encontró todavía en Cuba la calamidad de la esclavitud, a la que estaban sometidos tantos infelices por el solo hecho de no tener una piel blanca... Las autoridades, los terratenientes y los ricos negociantes se quedaron estupefactos cuando vieron al Arzobispo mezclarse con las gentes de color y acoger a todos en el mismo confesonario, en el mismo comulgatorio —¡antes no podía ser!— y en la misma mesa...

Una mujer le pide con naturalidad máxima, o necedad empedernida, o desfachatez, pues todo cabe:

-Monseñor, ¿puede darme una limosna para comprar una esclavita que necesito?

A lo que responde enérgico y seco el Prelado:

-¡Señora, yo no tengo esclavos ni dinero para comprarlos!

Y a un finquero —dueño de muchos esclavos, al que no acaba de convencer de la injusticia que comete—, le deja mudo con un argumento inesperado. Toma el Santo dos papeles, uno blanco y otro negro, los quema en la candela ante los ojos atónitos del interlocutor, revuelve las cenizas, y le dice:

-¿Sabría usted distinguir las cenizas del papel blanco y las del negro?... Pues, así somos y seremos todos iguales ante Dios.

El santo Arzobispo es en el campo social un avanzado de primer orden.

### **Las Misioneras Claretianas**

Y dentro de su misma perspectiva de la promoción social cabe incluir la fundación de las *Religiosas de María Inmaculada* para la formación de la juventud femenina.

La idea la tenía muy clara: o las chicas se formaban bien, y serían de verdad señoras cristianas, o se perderían como tantas y tantas.

Para este fin hace llamar de Cataluña a un grupo de jóvenes entusiastas, que se le ofrecieron antes de embarcarse para Cuba, al frente de las cuales está María Antonia París, la Fundadora del grupo.

El Arzobispo les compra la casa, las instala en su primera escuela, las visita, las forma. Y las quiere con todo el corazón. Al imponerles a todas el hábito religioso les habla con tal entusiasmo y unción, que hace exclamar a un canónigo:

-¡Vamos! Que si el Señor Arzobispo me hubiera dicho a mí aquellas cosas, me muero, me muero, y me voy al Cielo.

Hoy las Misioneras Claretianas, siguiendo las huellas de sus dos fundadores, la Madre Antonia París y el Padre Claret, trabajan como buenas de verdad en los campos del Padre de familias.

### **El equipo**

La actividad individual, por extensa e intensa que sea, siempre resulta de eficacia muy limitada. Claret lo sabe, y busca colaboradores. En su autobiografía, y colmándolos de elogios, hace la reseña de nueve sacerdotes diocesanos, dos religiosos y cuatro seglares, misioneros todos animados del mismo espíritu apostólico que el suyo. El Arzobispo hace de estos sus colaboradores un elogio magnífico:

“Muchísimas gracias debo dar a Dios por haberme deparado tan bonísimos compañeros. Todos fueron de conducta intachable. Jamás me dieron un disgusto; por el contrario, todos me sirvieron de grande consuelo y alivio, todos eran de muy buen genio y de solidísima virtud; desprendidos de todo lo terreno, nunca jamás hablaban ni pensaban en intereses ni honores; su única mira era la gloria de Dios y la conversión de las almas... Nunca se vio en



ninguno de ellos displicencia de ir a alguna parte; todos estaban siempre dispuestos para trabajar y con gusto se ocupaban en lo que se les mandaba; nunca jamás pidieron ni rehusaron cosa ni ocupación alguna”.

Sigue dando detalles de la vida que el grupo llevaba durante los meses de reposo en la casa arzobispal de Santiago:

“Todos los días nos levantábamos a una hora fija y determinada, y teníamos en comunidad, sin faltar uno, media hora de oración mental. Todos comíamos y cenábamos juntamente, y había siempre lectura en la mesa, que hacía uno por turno; después de la comida y cena, todos juntos teníamos un rato de recreación, y así todos nos veíamos, nos hablábamos, y concluíamos el día con el santo rosario y demás devociones... Nadie tenía amistades fuera de casa; en ella lo teníamos todo; así es que nadie visitaba ni era visitado de los de fuera”...

¿Rigor inaceptable? ¿Vida monacal, más que apostólica?... No lo creamos. Sigue contando el Arzobispo:

“Nuestra casa era la admiración de cuantos forasteros la visitaron. Digo esto porque yo tenía dada la orden de que cuantos sacerdotes y forasteros vinieran a la ciudad se hospedarían en mi palacio, tanto si yo me hallaba presente como ausente, y por todo el tiempo que quisieran. Venían eclesiásticos de Estados Unidos y de otros puntos, y se quedaban asombrados de lo que veían y alababan a Dios. Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello, que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo, y no me podía dar otra razón que decir: *Aquí está el dedo de Dios*”.

Todos los del equipo han merecido en la Autobiografía un elogio personal de su Arzobispo, y algunos son y van a ser después, cuando actúen por su cuenta, muy distinguidos por su santidad y obras apostólicas.

Es notable lo del santo capuchino Padre Adoán. Viene huyendo de tanta persecución como se levanta contra él. Claret reconoce en el religioso a un santo y un misionero de cuerpo entero, y le dice con resolución:

“Desde hoy será usted mi misionero y mi familiar. No tendrá usted asignación alguna. Pero, sano o enfermo, será usted tratado como yo. Desde hoy comenzará usted a trabajar”.

¿Llamaría Jesús de otra manera a cualquiera de los suyos?...

El Padre Manuel Subirana es otro caso excepcional. De Cuba pasó a Centroamérica. Durante el Concilio Vaticano I oyó Claret al Obispo de Honduras los prodigios de este santo apóstol, muerto en Santa Cruz de Yojoa el año 1864.

Claret reflexiona, y escribe al General de la Congregación una carta que se ha hecho célebre por su juicio y profecía sobre América, a la que llama “La Viña joven de la Iglesia”, que dará en el futuro muchas más almas al Cielo que la vieja Europa...

## **Los Herodes y las Herodías**

Las reformas sociales y la implantación de la moral cristiana en la arquidiócesis van a desatar sobre el Arzobispo serias persecuciones, que culminarán en el atentado de Holguín.

Y la lucha contra la plaga del amancebamiento no será la causa última. Se lo escribe Claret al Papa Pío IX:

“Reconozco que en mi diócesis hay muchos Herodes y Herodías que viven mal, y, haciendo yo el oficio de Juan, pedirán mi cabeza”.

La plaga de los amancebamientos le trajo disgustos sin cuento. Pero también fue motivo de hechos bellísimos y hasta heroicos. Como el ocurrido en Santa Cruz con Ninfa Escalona, de diecinueve años. Su amante, Antonio González, promete al Arzobispo que la va a dejar. Pero, vuelve a las mismas andadas. Ninfa, sin embargo, más generosa, rompe decidida con todo. Se confiesa, comulga, recibe la bendición, y dice medio loca de felicidad a una amiga:

-¡Si yo tuviera la dicha de morir esta noche, me iría derechita al Cielo!

No habían pasado diez minutos cuando llega furioso el amante, cuchillo en mano, y de un tirón le abre el vientre a la muchacha, la cual queda tendida en su propia sangre, mártir, al fin, de la honestidad cristiana. Mientras tanto el asesino, en su huida, se detiene a los pocos pasos y se da a sí mismo una tremenda cuchillada. Gravemente herido, se rinde también a la Gracia, y en el hospital le dice al Arzobispo, que ha ido a visitarle:

-¡Ay, si yo hubiese seguido los consejos de Vuestra Excelencia!...

## **Mártir**

Como dijimos, parece que el demonio le había jurado: “Yo te haré de las mías”. Y lo podemos creer. Las persecuciones que desató contra el Arzobispo fueron continuas y terribles, culminadas todas con el atentado de Holguín.

Un tal Antonio Abad, que había salido de la cárcel merced a las caritativas gestiones del Santo, pagó a su bienhechor de la manera más vil.

El 1 de Febrero de 1856 sale por la noche el Arzobispo de la iglesia de Holguín, después de predicar fervorosamente sobre la Virgen. Todo el pueblo le acompaña a casa con cantos y vítores. Entre la multitud entusiasmada se le acerca un hombre torvo. Simula ir a besar el anillo del Prelado, cuando, blandiendo una navaja de afeitar, le asesta un golpe furioso en el cuello y le abre una enorme cicatriz desde la oreja hasta la barba.

Como el Santo iba tapándose la boca con un pañuelo para no resfriarse, el golpe le agarró también el brazo. Esta posición de la mano impidió que le cortara todo el cuello. La sangre salía a borbotones. El pueblo vociferaba consternado, mientras en una farmacia aplicaban a la víctima los primeros auxilios.

La gente quería linchar al criminal, que así pagaba al Arzobispo el beneficio de haberlo sacado de la cárcel. Fue puesto de nuevo en prisión y condenado a muerte.

Pero otra vez intervino el Santo ante el Capitán General: “Lo perdono como cristiano, como sacerdote y como obispo”. Suplicó el indulto para el reo, y se ofreció a pagar él mismo todos los gastos del viaje hasta Canarias, ya que quiso que se marchara de Cuba a su tierra para que el pueblo no acabara con él.

Entre tanto, el atentado de Holguín fue para el Arzobispo la alegría de las alegrías. Hay que oírle a él mismo:

“Hace muchos años que no he sido tan feliz. No puedo explicar el placer, el gozo y la alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y María, y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas. Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en cama, de manera que alegraba a todos cuantos me visitaban”.

Cuando doce años más tarde muera en La Selva del Camp el protomártir de los Claretianos, Padre Francisco Crusats, víctima de los revolucionarios de Reus, dirá el Fundador con santa envidia:

-¡Ah! ¡Ya sabía yo que ése se me adelantaría!...

Aparte, sin embargo, de tan sublimes aspiraciones, sabía también sufrir con buen humor. Le gustaba repetir y aplicarse la comparación del santo jesuita Padre Jerónimo López:

-El misionero, y más el obispo, se hallan en la situación del perro. Si ladra, lo matan los ladrones; y si no ladra, su amo lo mata a palos...

Entonces, prefería cumplir ante Dios su deber antes que ser un cobarde.

¡Morir por Cristo!... ¡Qué más quisiera Claret! Pero Dios le quiere mártir de un modo muy distinto: perseguido por las sectas y la maledicencia durante sus años de Madrid.

### **Confesor real**

La vida de Claret no está gastada en Cuba, ni mucho menos. Pero el atentado de Holguín hace pensar a todos, empezando por el Papa. ¿Vale la pena perder a un Claret, puesto a precio por un negrero terrateniente o un ricachón amancebado?... La solución vendrá de donde menos se espera.

Aunque al Arzobispo le encanta Cuba y sueña en América, “*la viña joven de la Iglesia*”, Dios le sale al paso y le traza nuevos rumbos. La Reina Isabel II le reclama en Madrid y lo nombra su Confesor, algo que ante el Gobierno y la Nación era cargo oficial. Para los gustos de Claret, esto es fatal. ¡Confesor de la Reina! ¡Encerrado en la Corte! No le cabe en la cabeza... Pero no tiene más remedio que aceptar, y pone condiciones.

“Primera: no se me ocupará nunca en política. Segunda: cumplidas en palacio mis obligaciones, quedaré libre para mis tareas apostólicas. Tercera: no se me hará perder tiempo guardando antesalas”.

Esta claro. Su actividad no es para la política, sino para el Evangelio. Su vida no la consagra al mundo de la corte, sino que la da entera a las almas.

Una vez más experimenta Claret la sensación de la búsqueda y ha de avivar intensamente la fe. El destino de ahora le resulta mucho más oscuro que el de Arzobispo. ¡La Corte!... Pero Dios no le va a fallar en sus ansias apostólicas.

El influjo directo en la conciencia de la Reina, tan necesitada la pobrecita...

La influencia enorme en la Iglesia española...

Los nuevos Obispos, hechura suya, que cubren todas las diócesis...

La restauración de El Escorial...

La Academia de San Miguel, que va a multiplicar geoméricamente los evangelizados...

Su contribución decisiva a la reinstalación de las Ordenes Religiosas...

La orientación de sus escritos hacia los problemas más acuciantes, así como la predicación en todos los rincones de la península...

Claret se deja llevar por Dios y no se va a equivocar.

De Cuba no trae más que una sotana y un abrigo nuevos, que ha costado Dios y ayuda para que los acepte, en sustitución de los viejos, “gastados de tanto traídos y llevados por todos los puntos de la diócesis, atravesando arroyos, subiendo montes, y buscando leña para calentar el potaje en medio del bosque”.

### **A la conquista de Madrid**

En Madrid comienza de un modo arrollador con los Ejercicios Espirituales a toda clase de personas en tandas diversas.

A los primeros Ejercicios organizados para el Clero asisten quinientos sacerdotes, cinco obispos, el Pronuncio, el Tribunal de la Rota en pleno y todos los canónigos.

Los Ejercicios a los Hombres suscitaron tal oleada de entusiasmo, que se necesitó la fuerza armada para evitar un tumulto, al mismo tiempo que frustraron una revolución que estaba próxima a estallar.

Y los Ejercicios que siguieron para Mujeres en los diversos centros se vieron concurridos por más de seis mil asistentes...

El ya citado anarquista Jaime Brossa, escribió:

“Su residencia en Madrid, cuando fue nombrado Confesor de Isabel II, fue una verdadera catástrofe para el movimiento revolucionario español”.

La vida de palacio se iba transformando profundamente, ¡que buena falta hacía!

Desaparecieron las grandes fiestas, las cuales, a la postre, resultaban un escándalo.

La Reina entraba decididamente por el camino de la virtud, y acabó con la ocasión de aquellos dimes y diretes sobre su conducta privada...

Los Infantes se educaban muy cristianamente, según la más pura tradición española, y la piedad se imponía poco a poco entre la nobleza y las azafatas.

No era cosa fácil cambiar de repente todo, pero la conducta del Confesor de la Reina y su predicación hicieron que en el palacio se practicara seriamente la virtud.

### **El siervo humilde**

Al hablar así ahora de Madrid —lo mismo que antes de Cataluña, de Canarias o de Cuba—, cualquiera diría que la vida de Claret fue una sarta ininterrumpida de triunfos, que le engolosinaban a él entonces como nos entusiasman a nosotros ahora. Pero nada más lejos de la realidad.

Claret experimentaba tedios profundos y amarguras indecibles. De carácter bondadoso y sensible, le afectaban hondamente las continuas persecuciones, los atentados y las calumnias. Y Dios mismo se encargaba de echar acíbar sobre tantas mieles, para mantenerlo

siempre en acto de humildad. Son elocuentes, a este respecto, muchas páginas de su autobiografía.

Después diremos algo de las persecuciones que sufrió y que comenzaron casi con su llegada a Madrid. Son el telón de fondo que hay que tener presente al contemplar estos once años de apostolado pasmoso. Dice él mismo:

“He tenido que sufrir toda clase de infamias, dicterios y persecuciones, hasta de muerte muchísimas veces. He sido objeto de pasquines, caricaturas, fotografías ridículas e infamatorias... Antes era admirado, apreciado y hasta alabado de todos, y ahora, a excepción de muy pocos, todos me odian y dicen que el Padre Claret es el peor hombre que jamás ha existido y que soy la causa de todos los males de España”.

### **Evangelizando a los pobres**

En Madrid le son asignados como residencia el Hospital e Iglesia de Montserrat, que él restaura totalmente. Y se dedica por entero al ministerio de los enfermos. Un testigo presencial, el después obispo Aguilar, asegura que oía decir a los pacientes con emoción:

-¡Qué bien que se está aquí!... ¡Qué favor me ha hecho Dios en traerme!... ¡Qué hombre tan bueno!...

Evangelizar a los pobres es para él una pasión mientras trabaja en Madrid en otros ministerios de relumbrón:

“La pena mayor que tengo es estar estacionado en esta corte. Es verdad que predico siempre en las cárceles, hospitales, colegios, conventos y pueblo; pero no me satisfago”.

Predica a los pobres. Vive pobre. No quiere nada. Y menos, de la Reina. Lo dice el mismo Claret de manera firme:

“No hay prelado en España que no tenga algún pectoral, o cáliz u otra cosa, o cosas de su Majestad, ya por razón de algún bautizo o visita en su Catedral, etc.; pero yo no tengo ni quiero nada. Cuando bauticé a la Infanta Concepción me había de regalar algo, como es costumbre. Pues yo le pedí y supliqué que no me diera cosa alguna, y, para no contristarme, no me dio nada. Y mi satisfacción será, cuando me retire de palacio, el poder decir que nada tengo de su Majestad: ni un alfiler”.

Lo único que le pide siempre a la Reina, es: “Déjeme libre, para correr por esos mundos predicando a las gentes”.

A lo que contesta su dirigida con viveza: “¡Eso, no; eso, no!”...

Sólo se aprovecha de su puesto junto a la Reina para bien de la Iglesia, como ocurre con el nombramiento de los Obispos. Él escoge a los candidatos, los propone a la Reina y al Nuncio, y su intervención resulta decisiva. Lo reconoce el mismo Claret:

“Quizá en ninguna cosa en España se procede con más equidad y justicia que en los nombramientos de obispos, pero tampoco en ninguna cosa hay más acierto”.

Así logra formar un Episcopado modelo, que tanto se destacará en el Concilio Vaticano I por su fidelidad al Papa.

Lo mismo hace con la Asunción de María.

Después de la definición de la Inmaculada Concepción, Claret tiende la mirada hacia adelante, y ahora se le presenta la ocasión de hacer algo.

El libro de Hentrich y De Moos —debido indiscutiblemente a la iniciativa de Pío XII—, con el catálogo de las peticiones para la definición de la Asunción, se abre con la petición de Isabel II, impulsada por su Confesor el Arzobispo Claret, que en 1862 iniciaba el movimiento asuncionista, culminado con la proclamación dogmática del 1 de Noviembre de 1950.

### **Por toda España**

Madrid es para Claret una jaula, como él mismo se expresa, y quisiera estar libre de ataduras para recorrer el mundo entero. Pero Dios satisfará sus anhelos de buscar la salvación de todos. Las famosas excursiones de Isabel II por el suelo patrio le darán oportunidad a Claret de predicar hasta en el último rincón de España. “La Reina trae a la gente, y yo les predico”, dirá con humor.

Solamente en el viaje a Andalucía, que duró mes y medio, llega a predicar doscientos cinco sermones, y a repartir —gratis, como siempre— ochenta y cinco arrobas de libros, folletos y hojas volantes. Y así en todos los viajes, sobre los que escribe:

“Yo, al ver la disposición de la gente, el hambre de la divina palabra, no me puedo contener. Todo el día estoy predicando. El día 16 de Agosto, en Burgos, prediqué once sermones, uno de media hora, otro de hora y media al pueblo en la catedral, y nueve de tres cuartos”.

Total: ¡casi nueve horas en un día!...

Y no predica siempre bajo las bóvedas del templo, sino en cualquier sitio donde le ofrecen ocasión: “Un día me hicieron predicar en la estación del ferrocarril a la gente que estaba allí esperando el tren”...

A esta itinerancia y a esta libertad de movimientos obedeció el propósito de Claret de no tener una residencia fija en la Corte. Se lo propusieron un día:

- ¿Por qué no se compra una casa?
- Porque no quiero sujetarme.

### **Los Ejercicios Espirituales**

Apóstol incansable de los Ejercicios de San Ignacio, consideró siempre su estancia en la Compañía de Jesús como la gran providencia de Dios, que así le enseñó a utilizar este medio tan eficaz para la salvación de las almas.

Lo reconocía también el gran General de la Compañía P. Roothaan en carta que le escribió el 8 de Diciembre de 1844: “Admiro y alabo la providencia del Señor, que, habiéndole traído aquí para aprender el manejo de esta arma, luego lo privó de la salud, que después le ha devuelto para poder hacer tanto bien en su patria”.

Dirigió muchas tandas al Clero y a Comunidades Religiosas. Fundó en Vic, construida a expensas suyas, la primera Casa de Ejercicios, especialmente para seglares. ¿Qué diócesis española no cuenta hoy con sus casas de retiro?... Claret las iniciaba en Vic, a cincuenta kilómetros de Manresa y en la misma diócesis donde San Ignacio de Loyola escribiera sus Ejercicios Espirituales.

En el ejemplar del libro de los Ejercicios del P. Diertins, que le regalaron al salir de la Compañía, escribió de su puño y letra: *“Haec sunt arma militiae nostrae”*, éstas son las armas para mis combates. Y en la edición española que él comentó y publicó, afirma que una de las mayores gracias que Dios concede a un alma es la de darle oportunidad de practicar los Ejercicios.

### **El Escorial**

El monasterio más grandioso del mundo se hallaba abandonado, inservible, convertido en un deshonor. Por encargo de la Reina, su egregio Confesor emprende la restauración del edificio. Invierte sumas muy cuantiosas, vuelve a su esplendor aquel tesoro nacional, y el seminario y centro de estudios que allí establece se convierten en un prestigio de la nación, altamente considerados en Europa.

En el restaurado Monasterio abre y organiza dos colegios de primera y segunda enseñanza, el estudio de Ciencias, el de la Filosofía y Letras, además del que realizan los que se preparan para carreras especiales. Cuenta para este fin con personal docente bien escogido, y al Colegio y Seminario los provee de buenos profesores de lenguas, magníficos museos, gabinetes de ciencias y espléndida biblioteca.

Siempre que el Arzobispo Claret permanece en El Escorial avasalla por su conducta.

Un ejemplo preclaro de su piedad lo dio en Semana Santa. Celebrados los oficios del Jueves, se arrodilla ante el Monumento y allí permanece inmóvil las veinticuatro horas seguidas, hasta comenzar el día siguiente los oficios del Viernes...

Él, personalmente, no se meterá en una clase, pues no es ésta su vocación o carisma propio. Pero al asignar a sus Misioneros la enseñanza como ministerio propio también de la Congregación, y al implantar de tal modo en El Escorial la formación de la juventud con el fin de que sirviese de modelo en toda España, ocupa Claret un puesto singular entre los grandes educadores.

### **El Catecismo**

La enseñanza del Catecismo fue para Claret una idea obsesiva a lo largo de todo su ministerio. Ante todo, él era un catequista de primera talla. Excelente dibujante desde sus años de La Lonja en Barcelona, aprovechó sus habilidades para la exposición de la doctrina cristiana. Sus tres catecismos cíclicos culminaban en el catecismo “de láminas”, ilustrado con toda profusión, como el mayor exponente de la técnica lograda por el genial Padre Claret.

Pero en estos años de Madrid lleva su audacia hasta el final. Se ha propuesto unificar el Catecismo en toda España, y, con la aprobación y los alientos de Pío IX, redacta su catecismo.

La batalla con los demás Obispos resulta emocionante. Sus hermanos en el Episcopado no acaban de aceptar la idea por miedo a las innovaciones y el temor de enfrentarse con unas costumbres inveteradas, que resultan perniciosas, pero que nadie se atreve a tocar... No pueden alegar la parte económica, pues el mismo Claret se ofrece a pagar los gastos de una edición para toda España. Ni por esas... Cada diócesis sigue con su propio catecismo, y menos mal si es el de Astete o el de Ripalda. Hasta 1956, ¡noventa años más tarde!, no se llegará a la unificación del catecismo español...

Y aún llegó Claret mucho más allá. Tenía todo preparado para presentar en el Concilio Vaticano I la proposición de la unificación del Catecismo para toda la Iglesia. La interrupción del Concilio desvaneció todas las esperanzas claretianas.

### **Los Seminaristas**

Claret, ante todo, se formó en un Seminario modelo, y él mismo fue modelo cabal entre los más de mil alumnos que tenía el Seminario diocesano de Vic. Además, en el mismo Seminario empezó a desarrollar un apostolado grande en el campo de la piedad con la formación de los coros de adoración.

Como Arzobispo, la institución del Seminario y la reforma del Clero se llevaron la primacía entre los desvelos del Pastor de la Iglesia de Cuba. ¡Harto que se necesitaba!..., pues la ineficacia del primero y la relajación del segundo habían llegado a un grado deplorable.

En El Escorial, que ha restaurado, implanta un Seminario avanzadísimo, en el que impone por su cuenta una acertada reforma de la Liturgia y del canto sagrado.

A las Humanidades, Filosofía y Teología añade el estudio del latín especializado, del griego y del hebreo para un mayor conocimiento de la Escritura; el árabe, para el aprovechamiento de los tesoros tan cuantiosos que guarda el Monasterio; el francés, inglés, alemán e italiano, a fin de universalizar la cultura y el ministerio de los sacerdotes.

Da especial importancia a las matemáticas, física, química y ciencias naturales, que tanto le gustaban a él y en las que, durante su carrera, obtuvo las mejores calificaciones.

En el reglamento entran la gimnasia y, en plan de aficionados, el cultivo —en plan de aficionados— del campo y de los jardines, porque “neutraliza los efectos de los trabajos mentales y, en fin, engendra y mantiene un constante equilibrio entre todas las funciones del organismo, conservando en toda edad la salud, el vigor y la belleza”.

Esto lo vemos hoy muy normal en la era del deporte, pero hace un siglo, y para eclesiásticos, era una manera de pensar avanzadísima.



Finalmente, para el Concilio Vaticano I traza un plan de reclutamiento de vocaciones y de formación sacerdotal que responde a sus más caras ilusiones.

Eran palabras suyas: “Si todos los que siguen la carrera eclesiástica fueran hombres de verdadera vocación, de virtud y estudio, ¡qué buenos sacerdotes serían después, y cuántas almas se convertirían! Por eso he publicado aquella obrita en dos tomos que se llama el *Collegial* o *Seminarista Instruido*, obra que ha gustado a cuantos la han leído”.

Y nos dice en su autobiografía acerca de esta obra: “El 7 de Junio de 1860, día del Corpus, estando en oración delante del Santísimo Sacramento con mucho fervor y devoción, me dijo Jesús: “Está bien y me gusta el libro que has escrito”.

Claret destaca en el grupo de esos grandes formadores de sacerdotes con los que siempre ha contado la Iglesia.

## Los Sacerdotes

Si de los seminaristas pasamos ya a los sacerdotes, observamos, como una constante de Claret, que los ama con pasión y por doquier les dedica la atención más esmerada.

A los sacerdotes que no tienen más oficio ni beneficio que celebrar Misa, y eran muchos entonces los que vivían así, les abre un campo muy vasto de apostolado con la predicación a temporadas en la diócesis respectiva; y para facilitar el estudio a quienes nunca se habían ejercitado en la oratoria, escribe, recopila y edita libros voluminosos con sermones y pláticas.

A los sacerdotes los quiere predicadores genuinos del Evangelio. Descarta siempre la oratoria de relumbrón, estéril del todo, como se ve por la anécdota siguiente.

Don Hermenegildo Coll es un orador de postín. Predica un brillante sermón en Madrid, y vienen los aplausos de todos..., menos del Padre Claret, que se escabulle visiblemente disgustado. Don Hermenegildo lo nota. Le duele. Y quiere saber el porqué. Se le presenta al día siguiente a Claret, que lo recibe festivo:

-¿Qué vientos le traen por aquí?

-Monseñor, veo que a usted no le gustan mis sermones. ¿Podría decirme lealmente qué motivos tiene? Se lo agradeceré de corazón.

-Gracias, Don Hermenegildo. Ya que me pide sinceridad, le diré lo que pienso. ¿Ha predicado usted alguna vez de la salvación del alma, o de la desgracia espantosa de los que se condenan, o de las verdades que el cristiano ha de saber y vivir?

-No, Monseñor; en esos temas no me meto.

-¿Predica usted de las verdades eternas, de la necesidad de la conversión?

Silencio meditativo y resignado del interlocutor.

-Entonces, amigo, no puedo aprobar su proceder. Dejar de lado esas grandes verdades del Cristianismo, y tratar asuntos que no llevan a la conversión de las almas, ni agrada a Jesucristo, ni puede ser aprobado por Él..., como yo tampoco lo puedo aprobar.

Don Hermenegildo, lealmente, corrigió su proceder y en adelante predicó tal como le sugiriera el santo Arzobispo.

## Los Religiosos

Los Institutos masculinos de Religiosos estaban proscritos en España por aquellas leyes masónicas y laicas. Claret, con su enorme influjo, logró la restauración de muchos, y los Dominicos, los Paúles, los Escolapios, los Mercedarios, los Capuchinos y otros más, fueron objeto de sus predilecciones. Especial interés le merecieron los Jesuitas, a quienes siempre consideró como hermanos desde que vistió en Roma la sotana de la Compañía.

Cuando visitaba las comunidades de estos Religiosos a quienes tanto amaba, siempre dejaba en ellas una estela de virtud que nunca se olvidaría.

Un día se presenta sin más en el convento de los Padres Dominicos de Ocaña, tan queridos del Santo. Es grande la alegría de la Comunidad por tan singular visita. Rechazó el Arzobispo toda distinción, e insistió ante el Padre Prior para que le permitiera servir a la mesa, aunque el Padre se lo prohibió terminantemente.

Este gesto de servir a la mesa era en él muy común y natural. Así lo hizo con los Padres Jesuitas en La Habana.

Y lo mismo con los Padres Paúles en Madrid. Los amaba entrañablemente, y una vez les dirigió los Ejercicios. Pidió, como siempre, permiso para servir la mesa. Cuando lo obtuvo, se puso el delantal, y, con indecible sorpresa de la Comunidad y de los que estaban en Ejercicios, sirvió a todos como si fuera el más humilde criado.

Le gustaba estar con los Religiosos y servirles por su carácter de consagrados y, sobre todo, por su vida apostólica.

Le encantaban los Padres Agustinos, en especial por sus seminarios de vocaciones misioneras para el extranjero.

Admiraba a los Padres Redentoristas, cuyas Constituciones proponía al General de su propia Congregación como un modelo.

De los Padres Pasionistas, otros misioneros de su mismo espíritu, decía: “Los de la Congregación fundada por San Pablo de la Cruz son muy fervorosos y muy queridos por el Santo Padre”.

De los Hermanos de La Salle, que por entonces entraban tímidamente en España, aseguraba: “yo creo que en la actualidad son los que hacen más bien a la Iglesia, y de los que más se debe esperar”.

Por este mismo ministerio que ejercen, quiere también tanto a los Padres Escolapios, de quienes dice con candidez que los ve siempre “con los pies en el suelo y el corazón en el Cielo”.

Los Mercedarios se llevaron muchas predilecciones del Santo, y se hospedó en su casa de Roma durante el Concilio, porque entre ellos se sentía con más libertad que en ninguna otra parte.

El mismo Santo morirá después de emitir la profesión religiosa en su Congregación de Misioneros, aprobada definitivamente por Pío IX poquito antes de irse el Fundador al Cielo.

## Religiosas

No hubo Instituto Religioso de la España del siglo XIX que no sintiera el impulso vivificador del apostólico Padre Claret. Bien lo saben las Dominicas de la Anunciata, y las Carmelitas de la Caridad, y las Misioneras “Corazón de María” de Olot, etc., etc..., cuyos respectivos Fundadores tuvieron en Claret un alentador, un guía, un protector.

Nada decimos aquí, naturalmente, de las Religiosas de María Inmaculada, sus Misioneras Claretianas, que, desde que nacieron en Cuba como Instituto Religioso bajo la inspiración de la Venerable Madre Antonia París y la guía y autoridad del Arzobispo Claret, fueron la pupila de sus ojos.

A las Carmelitas de Santa Teresa y las otras monjas de clausura las amaba entrañablemente; las consideraba sus grandes aliadas en el apostolado; les predicaba siempre que se le ofrecía ocasión, como ocurría en los viajes de la Reina por toda España, y les solía decir: “Ustedes oren, que yo predicaré. En el cielo nos repartiremos el botín”.

Las Hermanas Paúlas de la Caridad, sobre todo en Madrid, fueron auténticamente unas mimadas del Santo.

## Con sus Misioneros

El célebre jesuita P. Mach les dijo en latín a una Comunidad de Misioneros: “Magni Patris filii estis”: sois hijos de un gran Padre.

Tenía razón el bendito Jesuita. Pero Claret fue un padre del que poco pudieron disfrutar sus hijos. Misteriosos designios de Dios, que se llevó como Arzobispo de Cuba al Fundador apenas nacida la Congregación, la cual hubiera sido otra cosa de haber contado con Claret en los veintiún años que le quedaban de vida al Santo.

Sin embargo, la siguió siempre con amor de padre, pero sin inmiscuirse para nada en su gobierno. Al Padre José Xifré, General de Congregación, le escribía esta carta, que vale por muchos tomos:

“Diga a mis queridísimos hermanos los Misioneros que se animen y que trabajen cuanto puedan, que Dios y la Santísima Virgen se lo pagarán.

Yo tengo tanto cariño a los sacerdotes que se dedican a las misiones, que les daría mi sangre y mi vida; yo les lavaría y besaría mil veces los pies; yo les haría la cama, les guisaría la comida, y me quitaría el bocado para que ellos comieran.

Los quiero tanto, que de amor me vuelvo loco por ellos, y ni sé lo que por ellos haría.

Cuando considero que ellos trabajan para que Dios sea más y más conocido y amado, y para que las almas se salven y no se condenen, yo no sé lo que siento... Ahora mismo que esto escribo he tenido que dejar la pluma para acudir a mis ojos...

¡Oh Hijos del Inmaculado Corazón de mi queridísima Madre!..., quiero escribiros y no puedo, por tener los ojos arrasados en lágrimas. Predicad y rogad por mí”.

Alentó a los suyos con una promesa —llamada siempre en la Congregación “la promesa consoladora”—, la cual se mantuvo viva entre los primeros Padres y que después confirmó en una carta circular el General Padre Xifré, Confundador y Director espiritual del Santo, contenida en estas palabras: “Dios me ha revelado que los que hasta la muerte perseveren en la Congregación se salvarán”.

### **La constelación claretiana**

Se ha dicho acertadamente que los santos no son estrellas errantes, sino que forman constelación. En torno a uno más gigante se agrupan otros gigantes también.

Sería prolijo enumerar los nombres de la constelación claretiana. Aparte de los Obispos más insignes de España y de varios Padres del Concilio Vaticano I, sobre los que ejerció decisiva influencia, cabe mencionar a varios santos, dirigidos suyos o compañeros de sus afanes misioneros, o simplemente directores y amigos íntimos, que están en los altares o van camino de ellos. Enumeramos algunos.

La Vizcondesa de Jorbalán Santa Micaela y Santa Joaquina de Vedruna.

Los dominicos Beato Francisco Coll y San Pedro Almató, futuro misionero y mártir en Vietnam. Del primero, compañero magnífico por las Misiones de Cataluña, decía Claret: “Donde va el Padre Coll ya no queda nada por rebuscar. Acaba con todo”. El joven Almató fue dirigido por el Santo al famoso convento de Ocaña, formador de tantos dominicos ilustres.

San Enrique Ossó, seminarista inquieto por su vocación, que aprovecha la estadía del Padre Claret en Gracia, Barcelona, y escribe: “Y tuve la dicha de hacer Ejercicios Espirituales con el Padre Claret, confesarme con él y resolver que sí, que era voluntad de Dios ser yo sacerdote, con gran gozo y paz, sin que me haya venido nunca tentación, por la misericordia de Dios, contra mi vocación”.

San José Mañanet, Fundador y promotor con Gaudí del Templo de la Sagrada Familia de Barcelona, dice que tiene presentes en sus oraciones todos los días a los Misioneros del “Arzobispo Claret, amigo mío”, “y casi me veo obligado a ello por la amistad que me unía a su santo fundador, con quien comí varias veces en la mesa y le consulté varias cosas de importancia referentes a nuestra fundación”.

La Fundadora de las Siervas de María, Santa Soledad Torres Acosta, que le lleva un día a su hija y discípula Josefa: -¿*Qué quiere Dios de ella?*... Claret habla con Josefa, la examina, descubre en su alma la mano de Dios, y le dice resuelto a la Madre Soledad: -*Déjela. Dios tiene sobre ella grandes designios.* Soledad se desprende con dolor de Josefa. Pero hoy contamos también en los altares con Santa Josefa Sancho Guerra, Fundadora de otro Instituto religioso, las Siervas de Jesús.

El Beato Francisco Palau, Carmelita y Fundador, que, enterado de la venida de Claret a España como Confesor real, adivina la providencia de Dios, y le escribe tan certeramente: “Vuestra Excelencia ha sido elevado a esa posición contra toda su esperanza e inclinación,

para entre otros fines tender la mano a la predicación. Lo creo un instrumento providencial, un órgano del Espíritu de Dios, al que en esta materia he de consultar”.

El Padre Roothaan, uno de los Generales más insignes de la Compañía de Jesús, con quien Claret conservó la amistad iniciada en Roma y con el que cruzó varias cartas.

El Beato Papa Pío IX, admirador y amigo del Santo, del que escribía: “He encontrado en él a un hombre todo de Dios”.

El intrépido misionero capuchino Venerable Padre Esteban de Adoain y el Padre Manuel Subirana, el santo apóstol de Honduras.

El filósofo Balmes, su condiscípulo, al igual que su santo Obispo de Vic Dr. Corcuera. El oratoriano Padre Bach.

Los Fundadores de Congregaciones religiosas Dr. Masmitjá, Gras y Granollers, el capuchino Padre José Tous, Mariano Jerónimo Usera, hermanos Marcos y Gertrudis Castañer, la Venerable Madre Antonia París, Esperanza González, Sebastiana Lladó, la Beata Ana Moga y Fontcuberta, etc. etc.

Y, entre los Misioneros de su Congregación, los Padres Xifré y Clotet, el mártir Crusats y el extático Padre Vallier.

Igual que el popularísimo y santo misionero catalán Domingo Ramonet, que en el púlpito interpretaba, muy a su manera, una carta que le escribiera el Padre Claret sobre su vocación: -Yo tenía tres vocaciones: abogado, canónigo y misionero. La de misionero era la que menos me gustaba, pero me lo estropeó todo aquel Padre Claret, que me dijo: Ramonet, o Misionero o condenado...

### **Acción Católica**

No tuvo este nombre, sino el de *Academia de San Miguel*, una obra claretiana colosal. Tuvo la idea de la misma y trazó el plan mientras convalecía de las heridas del atentado de Holguín, plan que en Madrid pudo realizar plenamente.

La Academia debía agrupar en su seno a todo verdadero líder: escritores, propagandistas, artistas, sociólogos, etc. etc., y, puestos al servicio del bien, convertirse en los avanzados de la Iglesia dentro de todos los campos del saber y de toda obra grande.

La revolución de 1868 vino a tronchar esta gigantesca obra claretiana. Por presentar sólo un dato —y refiriéndonos sólo a la prensa—, en los pocos años que llegó a funcionar distribuyó gratuitamente 1.071.003 libros; 1.734.022 estampas, e infinidad de hojas sueltas y opusculitos. De otros objetos: 25.311 medallas; 2.112 crucifijos; 10.101 rosarios...

Con la Academia sobre todo, el apostolado organizado de los seglares tuvo en Claret al gran avanzado y precursor, como lo dirá un día el Papa Pío XI.

La Academia venía en el momento histórico más oportuno. El siglo XIX ponía en marcha al mundo de la ciencia, en sustitución del mundo rural, y el hombre moderno ya no se

contentaría ni con unas nociones de catecismo, ni con las cuatro operaciones de la tabla de Pitágoras, ni la mujer con una letra bonita.

Surgía con ímpetu la democracia al desmoronarse el absolutismo de los reyes, y el ciudadano, dueño de su destino, tendría que jugar su papel consciente y responsablemente.

La doctrina tradicional, monolítica e intocable, cedía su puesto a la pluralidad de las opiniones más diversas, y cada uno debería estar bien cimentado, para no tambalear, en convicciones profundas e inamovibles.

El católico, más que nadie, habría de tener conciencia de su responsabilidad en la creación y dirección de la nueva sociedad cristiana. O el seglar católico desempeñaba cabalmente su papel en la conquista del mundo para el Reino, o se le escapaba el tren para siempre.

Pasarán los años. Y un día en el Seminario de Zaragoza se leía públicamente la Vida del entonces Venerable Padre Claret. En un momento dado, un joven soñador a lo divino, se dijo: *-¡Esto, si es esto lo que yo quiero!...*

En plena Segunda Guerra Mundial, el General de los Claretianos había de mandar desde Roma correo muy delicado a los Provinciales de España. ¿Quién mejor y más fiel que el Padre Josemaría Escrivá de Balaguer, o uno de los suyos, para confiarle estas cartas? Va con ellas el Padre Enrique Pujolrás, y, nada más verlo, le dice bondadoso el Fundador: *- ¡Claret!...*

Es mejor que nos cuente él mismo lo que un día le ocurrió:

-Estando en el Seminario de Zaragoza se leía en el comedor la Vida del Beato Antonio María Claret. Al llegar al capítulo de la Academia de San Miguel, asociación creada por el Beato para la difusión de libros buenos católicos, constituida preferentemente por seglares, escritores, propagandistas y artistas, al oír los detalles de la organización de la Academia, me dije: A esto me dedicaré cuando sea sacerdote, a organizar los seglares para el apostolado y su perfección espiritual. El Padre Claret me ha ayudado mucho para la creación del Opus.

San Josemaría, ¡gracias por tu precioso testimonio!...

## **Propagandista**

Como podemos ver, la propaganda escrita se llevaba la palma entre todas las actividades de la Academia de San Miguel. ¿Por qué?...

Para el Padre Claret el impreso no voluminoso, sino ligero, volante, era el mejor medio de penetración en la mentalidad de las masas. Aún faltaban muchos años para la radio y la televisión. Entonces era la imprenta la que detentaba el poder. De ahí su afán de repartir hojitas y estampas impresas, y cuyos frutos recogió a manos llenas. Claret miró el libro, el folleto y la hoja volandera como el gran medio de penetración, y se convirtió en el propagandista más formidable de España en el siglo XIX. Como ya vimos, para ello fundó la Librería Religiosa, que en los primeros dieciocho años de existencia había tirado más de nueve millones y medio de impresos religiosos. Un impresor moderno decía:

-¿Casi diez millones de ejemplares en tan pocos años esa Librería Religiosa, con aquellas máquinas sin electricidad y todo a mano?... Lo creo porque me enseñan documentadas las cifras. De lo contrario, lo tendría por un imposible.

El propio Claret es un autor muy fecundo, que, sin muchas filigranas literarias, pero con un certero tino apostólico, llega a invadir el suelo patrio con sus escritos —desde el *Camino Recto*, su devocionario más popular, hasta folletos e innumerables hojas volantes—, con un total de 144 títulos hasta ahora clasificados.

Su gran regalo era siempre un libro. Los repartía gratis por miles y miles. Los daba, ante todo, a los pobres. Y cuando le objetaban los compañeros que los pobres los vendían luego, replicaba: “No importa, ya aprovecharán a los compradores”.

Claret tenía especialmente un criterio muy personal sobre la hoja volandera. Con un caso que nos cuenta nos lo dice todo.

“Al concluir la Misa me hiqué en el presbiterio para dar gracias. Al cabo de un rato se me acercó un hombre alto, gordo, con largos bigotes y poblada barba, con la cara tan ajustada en las manos que no se le veía más que la nariz y la frente...

“Con una voz trémula y ronca me dice que si le haré el favor de oírle en confesión. En la sacristía empezó a llorar tan sin consuelo, y, finalmente entre lágrimas, suspiros y sollozos, me contestó:

“Padre, usted ayer tarde pasó por mi calle, y al pasar frente a la puerta de la casa donde yo estoy, salió un niño a besarle la mano, le pidió una estampa y usted se la dio. El niño vino muy contento, y, después de haberla tenido un rato, la dejó encima de la mesa y se fue a la calle con otros niños a jugar.

“Yo quedé solo en casa, y picado de la curiosidad y para pasar el rato cogí la estampa y la leí. Pero, ¡ay, Padre mío!, yo no puedo explicar lo que sentí en aquel momento: cada palabra era para mí un dardo que se me clavaba en el corazón.

“Resolví confesarme, y pensé: ya que Dios se ha valido de él para hacerte entrar en el verdadero conocimiento, con él irás a confesarte. Toda la noche la he pasado llorando y examinando mi conciencia. Padre, yo soy un gran pecador. Tengo cincuenta años y desde niño no me he confesado, y he sido comandante de gente muy mala”...

Añade el Santo: “Aunque las hojas sueltas y estampas no hubiesen producido otra conversión que ésta, ya tendría por bien empleado y satisfecho el trabajo y cuanto se ha gastado en impresiones”.

Sin embargo, ya se ve que para Claret la estampa tan profusamente difundida no era el papel con una imagen bonita y devota, sino el impreso que llevaba al alma todo el mensaje de Dios.

Como el que hizo llegar en Villafranca del Penedés a los cuatro reos condenados a muerte. Claret había sido ya nombrado Arzobispo. Pasaba por aquella población y se encuentra con los cuatro criminales destinados al cadalso. Inútil toda exhortación. Sobre todo con uno, que vocifera desesperado:

-Yo perdono a todos menos a mi madre, que es la culpable de esto. Porque si ella me hubiera educado cristianamente, yo no estaría así ahora.

Los cuatro se resistían a todo, pero, cuenta el Santo, “con la estampa que di a cada uno, se confesaron, recibieron el viático y tuvieron una muerte edificante”.

Pero existe un interrogante sin respuesta: ¿de dónde pudo Claret —pobre en Cataluña, en Cuba y en Madrid—, sacar el dinero para repartir gratis aquellas cantidades ingentes de libros? Nadie ha descifrado el misterio. Parece que dirigía a este fin las numerosas donaciones que pudieron hacerle.

## Los Seglares

Con la Academia de San Miguel hemos visto la intuición de Claret sobre el lanzamiento de los seglares, de los laicos, en especial de la mujer, a la acción de la Iglesia. Es quizá lo más sobresaliente en la genialidad apostólica de Claret.

Aprovechar a la mujer —¡en aquel entonces!— para el apostolado activo era una idea revolucionaria. Y si no llega a ser por el Arzobispo de Tarragona, Monseñor Echánove, que se opuso obstinadamente a Claret y rechazó todo su proyecto, hace muchos años que la mujer habría prestado servicios inmejorables a la Iglesia española. Este fracaso con el Arzobispo tarraconense coincidió con otro proyecto, como fue el de las *Religiosas en sus casas*, que, de haber prosperado, hubiéramos tenido a los *laicos consagrados* en medio del mundo como los tenemos hoy.

Al lanzar estas afirmaciones que parecen atrevidas y utópicas, hemos de volver atrás, al año 1847, y situarnos entre los dos apartados de La Librería Religiosa y Las Islas Canarias. ¿Qué ocurrió?

El Padre Claret, el misionero popular de Cataluña, editó un cuaderno con las Constituciones para una Hermandad de seglares, hombres y mujeres, que, bajo la dirección de sacerdotes, se dieran al apostolado, especialmente de la enseñanza y de la caridad en todas las formas de aquel tiempo. Conocedor del plan el Arzobispo de Tarragona, manda retirar sin más el libro impreso. ¿Por qué?... Porque allí figuraban las mujeres seglares con el nombre de “diaconisas”. Obediente el Padre Claret y sus colaboradores, hicieron desaparecer todos los ejemplares del libro sin que se conservara uno solo:

“Me manda que retire el cuadernito de la Hermandad que habla de las Diaconisas, lo que ya he cumplido con toda exactitud, porque Dios me libre de hacer cosa alguna que se oponga a la voluntad de los Prelados de la Iglesia”.

Para conocimiento nuestro, ¡suerte que Claret había mandado a Caixal unos apuntes con el esquema y que se han conservado entre los papeles del gran amigo!... Podemos remitirnos al biógrafo de la Vida Documentada:

-A juzgar por la lectura de esos apuntes, se trataba de una fundación de acción católica de altos vuelos, en la que, adelantándose casi un siglo, asociaba Claret en los ministerios apostólicos a los seglares, hombres y mujeres. En esa copia se ve esbozado en lo fundamental el moderno programa de acción católica o del apostolado seglar bajo la dirección de la Jerarquía.

En estos mismos días salía de la pluma de Claret otro libro de ideas muy avanzadas: “Las Religiosas en sus casas o Las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María”. ¿De qué se trataba? Muchas jóvenes deseaban consagrarse a Dios en el convento, pero se lo im-



pedían las dificultades políticas y familiares o motivos personales justificados. Claret les propone la consagración en medio de la vida seglar. Permanecer en sus hogares, pero con el voto de castidad que las consagra a Dios, y entregarse a la acción, sobre todo de la enseñanza, catequesis, y obras de caridad en sus múltiples formas.

Confía el asunto desde Canarias al canónigo y gran amigo Doctor Caixal, aunque con el serio y justificado temor de que lo pare todo en seco el Arzobispo de Tarragona: “pues parece que no le agrada mucho el que nos metamos con arreglos de mujeres”.

La lejanía de Claret, su próximo nombramiento de Arzobispo de Cuba, igual también que la cercana promoción de Caixal como Obispo de Seu d’Urgell, fueron las causas de que no prosperasen como organización estos anhelos claretianos, los cuales se hubieran avanzado con mucho tiempo a los modernos Institutos Seculares. De hecho, la actual *Filiación Cordimariana*, Instituto Secular, es la heredera de aquellas Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, nacidas a impulso del Padre Claret.

Sobre el apostolado y la responsabilidad del laico en la Iglesia, son famosas estas afirmaciones de Claret:

“El cura párroco y los demás sacerdotes se hallan ocupados en las cosas de su ministerio. Ni tampoco tienen la oportunidad de meterse entre las gentes del pueblo como tiene un seglar. Y, además, en estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas”.

Claret se pregunta a continuación, después de un párrafo tan luminoso: “¿Podrán figurar las mujeres lo mismo que los hombres?”. Y se responde: “Sí, las mujeres lo mismo que los hombres”.

Pío XI, el genial organizador de la Acción Católica, dijo del Padre Claret el mismo día de la Beatificación, 25 de Febrero de 1934, a un grupo de íntimos, mientras repicaban las campanas de San Pedro: “Tenemos al nuevo Beato..., una figura verdaderamente grande... Precursor de la Acción Católica casi como es hoy”.

## Un Obispo y un Papa

Se discutía animadamente por un grupo de sacerdotes sobre el misterio de la vida del Padre Claret: en su apostolado vivía avanzado un siglo a las técnicas modernas. ¿Cómo se explica este instinto tan certero?...

Y el Obispo de Vic allí presente, el santo, sabio y hoy Venerable Torres y Bages, apostilla con frialdad profunda: “¿Esto les asombra? El Padre Claret estaba lleno del Espíritu de Dios, y el Espíritu siempre se avanza”.

El Papa Pío XI fue un gran admirador de Claret. Se conservan de él varios testimonios de esta su admiración por el Beato a quien puso en los altares el año 1934. Uno, por ejemplo, corroborado seriamente por testigos presenciales. No se publicó de momento, quedó inédito, y no se ha hablado más de él. Pues bien, era en una conversación informal con un grupo reducido de personas, y comentó el Papa: -*Con doce hombres como Claret, se salvaba hoy España...* Todos sabemos lo que dos años más tarde fue la Guerra Civil, con la persecución religiosa, y entendemos bien palabras semejantes.

Hablaba el Papa, y calificó al nuevo Beato como uno de los apóstoles más geniales de la Iglesia, comparando su genialidad nada menos que con la de San Pablo... Y es que al Papa le entusiasmaba Claret por los medios tan avanzados y universales que empleó para el apostolado, como los laicos, la imprenta, el folleto popular y la hoja volandera, devoradora del espacio.

Escribió Pío XI: “Apóstol y Maestro de Apóstoles, maestro de la palabra en todas sus formas: hablada, escrita, impresa, enseñada en las escuelas, predicada en las misiones, suscitando almas de maestros y de misioneros”.

Claret dejó impuesto a sus hijos: “Para la salvación de las almas, sírvanse de *todos los medios posibles*”. Y todos esos medios fueron las armas del inconcebible apostolado del Fundador.

### **El corazón de España**

Antes de meternos en el momento cumbre de la actuación del Padre Claret en Madrid, y que lo convirtió en el blanco de todas las iras del infierno, vale la pena citar el testimonio de un escritor muy autorizado, que define magistralmente la figura de Claret en la historia eclesiástica española:

“San Antonio María Claret es en España el hombre centro entre los hombres de Dios de su siglo. Fue por eso mismo signo de contradicción. Todos los santos de su tiempo en España giraron en torno a él. Todos fueron a apoyarse en su fuerza extraordinaria, a envolverse en su irradiación de santidad. Todo lo que, por el contrario, significó en España persecución y odio al cristianismo rugió en rededor de su persona. Era una manera de afirmar a su modo la importancia cumbre de su grandeza” (*Baldomero Jiménez Duque*).

### **El Reino de Italia**

No hay seguramente en la vida de Claret un hecho que evidencie tanto su entereza apostólica, sin temor a las consecuencias, como su conducta cuando el reconocimiento del Reino de Italia.

Ya se ve que el problema lo hemos de enjuiciar con la mentalidad de entonces y no con la de ahora, cuando vemos las consecuencias históricas, beneficiosas en grado sumo, de independencia política, desprendimiento temporal y prestigio moral que ha conseguido el Pontificado.

Pero en aquel entonces no valían concesiones. Reconocer la unidad italiana era ir directamente contra el Papa y la Iglesia, que, con la pérdida de los Estados Pontificios, perdían también su libertad. No cabían medias tintas ni dobleces.

En España, la clave del problema estaba en la Reina, que no sabía la pobrecita qué hacer. Por una parte, su conciencia, el Episcopado en pleno y todo el pueblo católico se oponían tenazmente al reconocimiento.

Por otra parte, el Gobierno y los partidos sectarios presionaban fuertemente para obtener la firma de la Soberana, sin la cual nada se podía hacer.

El Padre Claret le previno muy serio: “Muera con honor, antes que poner en él tan feo borrón”.

Añade el Santo: “Y le dije dos veces que si ella aprobaba el Reino de Italia, yo me marcharía de su lado, que era lo más sensible que le podía decir, pues ella me quiere con delirio”.

Total, que el día 15 de Julio de 1865, la pobre Reina, “engañada y amenazada”, estampó su firma en el decreto.

Nada más se marcharon de su presencia los ministros, comenzaron los remordimientos atroces. No hacía más que llorar.

¿Y el Padre Claret?... Dejemos que sea él mismo quien nos lo cuente:

“Yo me presenté a su Majestad, y le dije:

-Señora, ¿qué ha hecho?

Ella me contestó:

-Esto y esto.

Yo le repliqué:

-Pues, la han engañado.

-¿Qué haré?, —me preguntó.

Yo le contesté:

-Señora, una piedra se echa pronto en un pozo, y difícilmente se saca. Yo me voy.

Y la dejé llorando”.

Claret se marchó a Cataluña. No hubo concesiones. A pesar de que la Reina quedaba en tal estado que sus médicos temieron consecuencias fatales.

De Cataluña partió Claret para Roma a fin de hablar personalmente con Pío IX.

El Papa, comprensivo con la Reina y con Claret, y respetando la conciencia del Santo, le dejó en entera libertad.

Pero después, cediendo a tantas instancias de la Nunciatura, de la Secretaría de Estado y de muchos Obispos, que pensaban era mejor que regresara al lado de la Soberana para bien de toda la Iglesia, aconsejó finalmente el Papa a Claret que se reintegrara a su puesto.

Aunque esta decisión, en vez de amansar a sus enemigos, los llevó al paroxismo en sus ataques al Confesor de la Reina.

## **El gran perseguido**

Claret se convierte en Madrid en el gran perseguido. Hay que remontarse en la Historia de la Iglesia a un San Atanasio para encontrarse con un caso semejante. La masonería, la política, las fuerzas todas del mal, no le perdonaban su influencia en la corte y en la nación entera.

Los atentados se sucedían sin cesar, y sólo a milagrosas intervenciones de la Providencia cabe atribuir el que saliera ileso de tanta persecución.

Se teje en torno a él la leyenda más negra. Periódicos, revistas, hasta las cajas de fósforos... rivalizan en publicar artículos, poesías, coplas y chistes de lo más denigrante.

Se llega a falsificar sus escritos y se publican las mayores obscenidades bajo el nombre del Padre Claret con títulos de sus libros.

Se decía de él que por doce millones había comprado en Roma una bula para que la Reina pudiera pecar a su antojo. Se le pintaba como estafador, dilapidador de los bienes nacionales, esquilmador del pueblo. Era un Arzobispo incontinente, confesor simoniaco, y enredado en su conducta con la famosa Sor Patrocinio. Y todas estas especies se difundían a los cuatro vientos y causaban fuerte impresión, como dichas por publicaciones en apariencia serias y dignas de crédito.

A dónde llegaría por entonces la difamación del solo nombre de Claret, que un sobrino del Santo, Don Ramón Claret y Solá con destino oficial en Málaga, hubo de prescindir del apellido paterno, porque se necesitaba heroísmo para ostentar un nombre tan combatido y difamado.

### **Casos y más casos...**

La masonería y la revolución habían jurado la muerte del Confesor de la Reina, y ahora empezaban a sucederse los atentados.

Cierto día le llega una gran caja, cosa muy ordinaria en quien recibe grandes bultos con libros para repartir. Abre, y se encuentra el Santo con un cadáver y un papel encima, que dice: “Como éste serás dentro de poco”.

Tres bandidos se colocan debajo del púlpito con intención de asesinarlo. Acabado el sermón, se van a confesar con el mismo predicador...

Estando el Santo en su residencia del Hospital de Montserrat, en Madrid, se presenta un caballero y pide audiencia con el Arzobispo. Solitos los dos en la habitación de éste, después de los saludos corteses del principio, le dice el Padre Claret con imperio: “¡Arroje usted ese puñal que trae escondido!”. El visitante declara que es un francmasón y que le había tocado en suerte asesinarlo. Allí mismo se confesaba arrepentido...

Y el caso más famoso. Llamado por la noche para asistir a un enfermo grave, sube a la habitación del presunto agonizante. Ya está muerto... con el puñal en la mano. El que ha ido a buscar al Arzobispo ha de confesar que trataban de asesinarlo, pero que Dios se había adelantado... El Padre Claret se limitó a comentar: “Dios castiga sin necesitar ni de palo ni de piedra”...

En varias ocasiones, los emisarios de las logias lo visitan en su propia casa para matarlo, pero acaban convirtiéndose, y el Santo, en venganza, les da dinero y protección para ponerlos a salvo de las sectas.

### **¿Su política?... El Evangelio**

Tanta basura sobre la fama del Santo y tanta persecución tenían una fuente única: el miedo de los partidos a la influencia que el Confesor de la Reina podía ejercer sobre el ánimo

de su augusta penitente. Por más que todos sabían que era inocente, como lo reconocían dos de los presidentes de Gobierno.

El moderado O'Donnell: “Nunca he tropezado en mi camino con el Sr. Claret”.

Igualmente Arrazola: “El Sr. Claret no quiere saber nada de política”.

Pero mejor que nadie lo dice el mismo Claret:

“Jamás me he metido en materias de política; veo y medito la marcha de las cosas, pero no digo ni una palabra. He visto y he tratado a muchos ministros, pero con ninguno he hablado de política. Uno me dijo que era conveniente que yo dijera a Su Majestad tal y tal cosa a favor de su partido. Yo le contesté que me dispensase, y añadí:

“Yo contemplo que en la actualidad se halla la nación como una mesa de juego, que en una parte están unos, en otra otros. El que mira el juego puede observar, pero debe callar, y sería muy imprudente si hiciera la más pequeña insinuación a favor de unos o de otros. Yo soy el espectador y, por tanto, no puedo ni debo hacer ni decir nada a favor de ustedes ni de nadie sobre este particular.

“Yo lo que debo hacer, y hago con todas mis fuerzas y ayudado de la gracia de Dios, es que Su Majestad sea una buena cristiana, una buena reina; de lo demás no me cuido que se valga de Pedro, Juan o Diego para su gobierno”.

### **Lady Herbert**

Lady Herbert of Lea es una dama inglesa que en 1866, después de un viaje por España, escribe su “Impression of Spain”. Y dice en su recuerdo:

“Antes de abandonar Madrid decidí visitar al ilustre Arzobispo Claret. A esto me indujo la fama de santidad que circunda a este hombre extraordinario, no sólo por su vida santa e inmaculada, sino por los insultos groseros y acusaciones injustas de que es objeto en la prensa y en las calles”.

Y narra esta anécdota, que compendia cuanto pudiéramos nosotros decir de todo lo que se comentaba acerca del controvertido personaje.

Viajaba el Padre Claret hacia Madrid para retornar a la corte. Iba sin distintivos episcopales. En el mismo departamento viajaban dos señores que trabaron con él animada conversación. Los dos caballeros encontraron en el modesto sacerdote un excelente compañero de viaje. Cerca del término del viaje hablaron de política. Y dice uno:

-La corte de Madrid es una cloaca inmunda, donde prosperan los vicios más repugnantes.

A lo que añade el otro:

-Palabra de caballero, les aseguro que quien tiene la culpa de todos los males que nos afligen es (y el reverendo me perdone) el Confesor de su Majestad, el Arzobispo Claret. Sí, señores; el Arzobispo Claret es, en la hora presente, el árbitro del destino de España. Él es quien gobierna la nación emboscado detrás de los cortinajes del palacio real. España se encuentra al borde de un volcán y este mal español está allí para darle el empujón final.

El ilustre Prelado soportaba impertérrito aquel chaparrón. Y cuando llegó el momento de despedirse, los dos caballeros le pidieron sus señas para proseguir las relaciones iniciadas.

Él les ofreció su tarjeta de visita, acompañando el gesto con una mirada prolongada y expresiva...

Así lo cuenta la dama inglesa, que conservaba como un tesoro el crucifijo que le regaló el Santo.

Le dicen muchos al tan discutido Arzobispo:

-¡Defiéndase!

Y Claret responde siempre, como al Director del periódico La Esperanza, con la referencia evangélica de Jesús ante Caifás:

-“Iesus autem tacebat”: sin embargo, Jesús callaba.

Para Claret, la única opinión válida era la del Cielo. Y en la tierra, la única que le interesaba también era la del Papa, el Vicario de Jesucristo.

Cuando Claret fue a Roma, el bondadoso Papa, Beato Pío IX, le decía en la audiencia que le concedió el 24 de Abril de 1869:

-Querido mío, sé las calumnias y maldades que han dicho contra usted; yo las he leído en los periódicos malos.

El Padre Claret se muestra muy sereno:

-Santo Padre, gracias a Dios estaba y estoy muy tranquilo.

Pío IX se enorgullecía de aquel Arzobispo tan fiel y tan ejemplar, del que escribió:

“Vi a Monseñor Claret, y reconocí en él a un hombre todo de Dios, y, aunque ajeno a toda política, conoce todas las intrigas de la misma política y la malicia de los hombres que son católicos sólo de nombre”.

### **Custodia viviente**

Que el Padre Claret es un santo lo sabe todo el mundo, empezando por sus más encarnizados perseguidores.

Pero, en estos días de Madrid, las gracias que Dios derrama sobre su siervo alcanzan las cumbres más excelsas. Y entre todas las gracias, la más grande es la de la conservación de las Especies Sacramentales dentro de sí, y sin consumirse, de una Comunión a otra.

Un prodigio muy controvertido, negado, rechazado por muchos... Aunque el Padre Garrigou Lagrange, uno de los teólogos más eminentes modernos, decía:

-Había oído de un prodigio como éste, y lo consideraba yo como una ilusión, una imaginación propia de monjas devotas, y del que no había que hacer mucho caso. Pero, cuando lo leí y estudié en la vida de un hombre como el Padre Claret, tan serio, tan ajeno a alucinaciones, me convencí de su realidad.

¿Cómo sucedió, y cómo lo sabemos? El 26 de Agosto de 1861 se hallaba Claret en el real sitio de La Granja de Segovia. Elevado en altísima oración, escucha del Señor cómo Él le concede la gracia de conservar intactas, sin corromperse, de una Comunión a otra, las Especies Sacramentales.

Ni el mismo Santo parece creerlo. Obligado por mandato de su director espiritual, hubo de consignarlo por escrito. Escribe el 16 de Mayo de 1862: “Yo ayer pensaba borrarlo, y

hoy también. La Santísima Virgen me ha dicho que no lo borrase, y después de la Misa me ha dicho Jesucristo que me había concedido esta gracia de permanecer en mi interior sacramentalmente”.

Claret, durante nueve años, será una custodia viviente.

Pero no se engolosina con gracia tan singular ni se amodorra en la inacción. La consecuencia que saca es la más lógica en Claret: “Por lo mismo, he de hacer frente a todos los males de España”.

Llegarán los últimos días de Claret durante el Concilio Vaticano I. Y un Obispo dirá de él, sin conocer el secreto:

“No sé qué tiene Monseñor Claret, que cuando paso junto a él me vienen ganas de arrojarme como ante el Santísimo Sacramento”.

Y este Prelado y Padre conciliar decía, desde luego, más de lo que sabía...

En este prodigio estribaba aquella actitud tan especial de Claret en todo el Concilio, al que iba a ir con fama de “el gran perseguido”. Al observarlo en la Basílica de San Pedro durante una reunión de los Obispos, dijo un sacerdote asistente:

-Se debe hacer justicia, pues de cuantos Prelados y demás Padres que he visto entrar en la sala del Concilio, el más modesto y edificante de todos es el Arzobispo Claret.

La vida de Claret se extinguirá en un Viático perenne. París y Roma serán los últimos campos de la lid. Podrá decir como Pablo: “He coronado un buen combate, he consumado mi carrera”.

## **En el Vaticano I**

Expulsado de España por la revolución de 1868, Claret sigue siendo apóstol en París y en Roma. Y lo va a ser, en un plano inmensamente superior, durante el Concilio Vaticano I, en cuya preparación trabaja intensamente en Roma durante varios meses: “Como he estado en tantos lugares y he visto tanto, se me pregunta sobre varios puntos, y esto me tiene muy ocupado. Yo espero grandes bienes de este Concilio”.

Ya en plenas sesiones, se discute acaloradamente la infalibilidad pontificia. Las disputas entre los Padres conciliares son acérrimas por culpa de muchos obispos alemanes y austriacos, imbuidos del josefinismo, y de los obispos franceses aferrados a sus ideas galicanas.

Claret pide la palabra en una sesión. No va a disertar como un sabio —¡harto se ha discutido ya!—, sino que hablará con la entereza de un apóstol y en plan de testimonio.

Dice en su discurso: los que no creen en la infalibilidad del Papa es porque ignoran las Escrituras, porque no tienen humildad y porque les falta amor de Dios... Si es necesario, habrá que separar la paja del trigo, llegando hasta la escisión en la Iglesia: ¡los fieles, con el Papa; los otros, fuera!...

Su alocución culmina con estas palabras emocionantes, aludiendo al atentado de Holguín, que casi le costó la vida:

“Traigo las llagas o cicatrices de Nuestro Señor Jesucristo en mi cuerpo, como lo veis en la cara y en el brazo. ¡Ojalá pudiese yo consumir mi carrera confesando y diciendo de la abundancia de mi corazón esta grande verdad: creo que el Sumo Pontífice Romano es infalible”.

Así lo afirma Claret, con su palabra y con el testimonio de su sangre que había derramado. Claret apelaba a las conciencias, de modo que un Obispo decía:

-Algunos Padres conciliares tardarán mucho en olvidar las palabras de este ejemplar Arzobispo...

Aunque ya estaba prácticamente decidida la votación, el testimonio de Claret causó gran impresión en el Concilio, que poco después definía la infalibilidad pontificia. Claret había hablado en nombre de todo el Episcopado español, al que llamaron “la guardia imperial del Papa, que, cuando entra en la lid, todo lo arrolla”...

Pío IX, gran admirador y amigo del Santo, dirá:

-¡Qué Obispos los españoles! Sobre todo, Claret..

Y dicen que dijo el Papa, festivo y humorista:

-Yo no lo canonizaré, pero yo lo hará un sucesor mío.

Efectivamente, Pío XII se encargará de hacerlo en Mayo de 1950.

### **El sol que se esconde**

Las tareas del Concilio han agotado a Claret, que escribe:

“He sufrido más de lo que acostumbro. Tengo muchas ganas de morir. Me parece que he cumplido mi misión... He observado la santa pobreza”.

Los sufrimientos a que alude son los causados por las discusiones interminables sobre la infalibilidad del Papa, que le afectaban hasta físicamente. No resistía aquella oposición tenaz de muchos obispos.

Y veía cómo su salud se iba minando:

“Mis pensamientos, afectos y suspiros se dirigen al Cielo. No hablaré ni escucharé sino cosas de Dios que me lleven al Cielo. Deseo morir y estar con Cristo y con María, mi dulce Madre. Los miembros tienden a unirse a su cabeza, el hierro al imán, y yo a Jesús. Deseo unirme a Él en el Sacramento y en el Cielo”.

### **La Familia Claretiana**

En la tierra dejaba sembrados los gérmenes de la *Familia Claretiana*. No los podríamos llamar aún árboles robustos, pues todas las obras claretianas habían sido aventadas por la revolución, y habría de pasar mucho tiempo hasta que alcanzasen su desarrollo vigoroso. Forman esa Familia:

Los Misioneros Claretianos, Hijos del Corazón de María.

Las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas.

Filiación Cordimariana, enraizada en las Religiosas en sus Casas, y hoy Instituto Secular.

Los Seglares Claretianos, nueva modalidad de la Academia de San Miguel.



Estas cuatro Instituciones brotan directamente de Claret. A ellas se unen otras cuatro congregaciones en las que han intervenido como fundadores otros tantos misioneros claretianos:

- las Misioneras de María Inmaculada;
- las Misioneras Cordimarianas;
- las Misioneras de la Institución Claretiana;
- las Misioneras de San Antonio María Claret.

Estos ocho grupos forman la *Familia Claretiana* y sus miembros son los continuadores de la misión para la que el Espíritu suscitó en la Iglesia al Padre Claret.

Además, la Congregación de Misioneros se siente estrechamente vinculada por fraternidad a otros Institutos cuyos Fundadores se imbuyeron del espíritu misionero o cordimariano, bebido en la fuente común que es San Antonio María Claret.

La Familia Claretiana se ha extendido por todo el mundo, pero en América ha encontrado un campo especialmente propicio para su desarrollo y su apostolado.

Quizá colma Dios así los anhelos del Fundador. Al hablar del Padre Subirana, miembro del Equipo de Claret en Cuba, ya vimos cómo se expresaba con el Obispo de Honduras. Entonces mismo planeaba con Monseñor Labastida y Dávalos, “el Arzobispo de México, que es amigo mío”, una posible fundación de sus Misioneros en México, fundación que se llevará a cabo catorce años después, convenida entre el Arzobispo y la Congregación, con la excelente mediación del sobrino del Arzobispo, el Siervo de Dios Padre Antonio Plancarte. Durante el Concilio Vaticano I escribía Claret al General de los Misioneros:

“En América hay un campo muy grande y muy feraz, y con el tiempo saldrán más almas para el Cielo de América que de Europa. Esta parte del mundo es como una viña vieja, y la América es **viña joven**. Yo estoy ya viejo y con la salud quebrantada; que si no fuera por esto, allá volaba. Y mientras que allá no voy, paso al Colegio que está aquí en Roma para Seminaristas americanos. Yo les he predicado, y se forman muy bien en virtud y en ciencia”.

Esto es lo que soñaba el Padre Claret. Hoy sus sueños divinos, ante todo un mundo que conquistar para Jesucristo, se verían colmados al contemplar los pujantes seminarios claretianos en el corazón del África, en las varias Provincias de la India, en Indonesia, en Corea, en Vietnam o en China, y en esa Rusia tan esperanzadora...

## Muerte y destellos

Claret cae en la brecha como los grandes apóstoles. Pobre, desterrado, perseguido, morirá en un rincón del sur de Francia, en el monasterio cisterciense de Fontfroide.

Sus enemigos no le perdonan ni en el lecho de muerte. El cónsul español de Perpignan ha pedido al embajador en París la detención del Arzobispo Claret, el cual comenta:

“Mientras Olózaga sea embajador en París no me dejarán ni morir en paz. ¡Bendito sea Dios!... Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen... Soy como un prófugo, como uno que huye de la justicia”.

El Padre Amadeo, médico cisterciense, no se anda con chiquitas:

“Mañana vienen los republicanos a registrar el monasterio. Si comparece la autoridad, yo la respetaré; mas si viene la chusma, les aseguro a ustedes que no entrarán en el aposento del enfermo. Yo soy el responsable de su vida, y no toleraré que entren. Antes me dejaré quemar”.

Pero la paz del enfermo es inalterable. Le traen de Narbona varios médicos franceses e italianos a quienes manifiesta su deseo inquebrantable de morir. El Doctor Tarroni le dice: “No está bien desearse la muerte. Eso es un pecado”. Y el enfermo, con energía, repite lo de San Pablo: “¡Quiero morir, para estar con Cristo!”.

Comentaba el Doctor Peyrusse: “Ante esta respuesta, no nos quedaron ya ganas de animarle”.

Le dice el Padre Clotet, otro santo camino de los altares:

-Usted quiere morir con Jesucristo, y con Él morirá.

El moribundo entonces, emocionado:

-¡Diga, diga esto: con Él morirá!

Y con Él moría el 24 de Octubre de 1870, a las ocho cuarenta y cinco minutos de la mañana. Tenía sesenta y dos años, diez meses y un día de edad.

Sigue el santo y angelical Padre Clotet:

“Vimos ese día una aurora boreal..., y en los oficios funerales me llamó la atención un pajarito que, no sé cómo, se introdujo en la iglesia, y con su canto acompañaba el canto de los monjes”.

Aquellas luces boreales y aquellos trinos eran los primeros destellos de gloria para aquel gigante de la santidad y del apostolado, a quien Dios ensalzaba en el Cielo y la Iglesia elevaría a los altares: el 25 de Febrero de 1934 con la beatificación, y con la canonización el 7 de Mayo de 1950.

## **PIO XII, panegirista**

El Papa Pío XII, el día siguiente de la canonización, trazaba esta semblanza de Claret tan certera:

“San Antonio María Claret fue un alma grande, nacida como para ensamblar contrastes. Pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo. Pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante. De apariencia modesta, pero capacísimo de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra. Fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien conoce el freno de la austeridad y de la penitencia. Siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior. Calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y, entre tantas maravillas, como una luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Madre de Dios”.